

## Orquídeas para un segundo funeral

Personajes:

Un hombre, cuentista y dramaturgo, en crisis.

Lucía, su primer amor.

Sandra, su penúltima novia.

Carmen, su novia muerta.

Guadalupe, su mamá, también muerta.

Lisa y Sally, sus dos fantasías.

Brenda, su esposa.

La recepcionista del hotel, o más bien, su sorpresa.

Un huésped; posiblemente, el hombre de la duna.

Se ilumina el escenario. Vemos el vestíbulo de un hotel; del lado izquierdo, una sala con sillones de piel y una mesa de centro y del derecho, al fondo, el mostrador de la recepción. En la parte central, al fondo, una columna sostiene una maceta con helechos. Detrás del mostrador, la recepcionista del hotel realiza algunas cuentas con un lápiz en un cuaderno. En uno de los sillones individuales de la sala está un hombre sentado. El hombre mira a los espectadores.

Hombre- Buenas noches, me imagino que están aquí para algo y que mi silencio obstaculiza el posible objetivo que ustedes, o yo, o alguien más persigue. Los he estado observando y me he dado cuenta de que ustedes me han estado observando, de manera que he decidido romper mi silencio y contarles lo que estoy haciendo aquí, o cualquier otra cosa, en su defecto. Nuestra situación, la mía y la de ustedes, es un poco absurda, parecería que estamos en una obra de teatro y que yo soy un actor y ustedes son los espectadores, pero

no es así; la cosa es mucho más compleja, tan compleja que resulta absurda y, por lo tanto, difícil de explicar. Comenzaré por el principio, estoy aquí, en un viejo hotel del África meridional, en espera de una carta, o más bien, en espera de una carta que viene acompañada de un giro postal, es decir, de un dinero con el cual podré pagar la cuenta de este hotel y regresar a mi país. Tuve algunos excesos en mis gastos y, de pronto, me quedé sin dinero, varado en este hotel, en medio de la selva. Sí, eso es lo que hago, esperar a que llegue mi dinero y regresar a mi país. De ahí en fuera, no tengo mucho que contar, mi vida es lo bastante simple como para evitar incluirla en cualquier relato, sea éste, un relato teatral, cinematográfico o literario...

La recepcionista lo interrumpe.

Recepcionista- Señor Alfonso...

El hombre voltea.

Hombre- ¿Sí?

Recepcionista- Olvidé darle un recado...

El hombre se levanta y va hacia ella.

Hombre- ¿De qué se trata?

Recepcionista- Vino a buscarlo una pariente suya, dijo que era su prima, y dejó esta nota para usted...

El hombre toma la nota y la lee.

Hombre- ¿Y por qué no me llamaron, a mi habitación?

Recepcionista- Fue ayer por la tarde, mientras usted andaba de cacería.

Hombre- Ya entiendo.

Recepcionista- Dijo que regresaría a buscarlo el día de hoy, como a esta hora.

Hombre- Muy bien, voy a esperarla.

Recepcionista- ¿Y cómo le fue?

Hombre- ¿Con respecto, a qué?

Recepcionista- Ayer, en la cacería...

Hombre- Mal, muy mal; el Winchester se trabó, justo cuando tenía a un león, enfrente de mí, de manera que no pude cazarlo...

Recepcionista- ¿Y qué hizo?

Hombre- Pues nada, me sentí frustrado, sumamente frustrado...

Recepcionista- No, pero quiero decir...si el león estaba frente a usted y el Winchester se trabó, me imagino que el león hizo algo, tuvo alguna reacción o algo...

Hombre- Sí, saltó sobre mí...

Recepcionista- Y usted, ¿que hizo?

Hombre- Lo que hay que hacer en esos casos: me tiré al piso...

Recepcionista- Y entonces, ¿qué fue lo que pasó?

Hombre- El león saltó por encima de mí, sin tocarme, y después, permaneció estático, desconcertado; fue entonces, cuando yo escapé, aprovechando su desconcierto...

Recepcionista- Es usted un hombre fantástico, nunca deja de sorprenderme...

Hombre- Gracias, pero bueno, así es mi naturaleza, impredecible; sí, impredecible y, por lo tanto, sorprendente... ¿A usted, le gusta la cacería?

Recepcionista- Sí, me gusta mucho, pero, desgraciadamente, no puedo practicarla...

Hombre- ¿Por qué?,

Recepcionista- Me salen ronchas; siempre que intento matar a un león, me salen ronchas, justo aquí, atrás de las rodillas...

Hombre- ¿En las corvas?

Recepcionista- Sí, en las corvas.

Hombre- ¡Qué extraño!

Recepcionista- Sí, es muy extraño. Ya fui a ver a un médico, pero no pudo hacer nada por mí. Me imagino que se trata de algo mental, de algo sicosomático, como dicen ustedes los occidentales. Tal vez una parte de mí se siente culpable por andar matando animalitos y esa culpabilidad se manifiesta a través de las ronchas...

Hombre- Sí, es muy posible, ¿me permite verlas?

Recepcionista- Sí, claro.

La recepcionista sale del mostrador y le muestra las ronchas. El hombre se hinca para mirarlas.

Hombre- Disculpe el atrevimiento, pero... ¿se las puedo rascar?

Recepcionista- Sí, está bien, no tiene nada de malo.

El hombre le rasca las ronchas.

Hombre- ¿Le gusta?

Recepcionista- Sí, se siente rico, como cuando las hormigas caminan sobre el estómago en una tarde de verano...

Entra una mujer. El hombre y la recepcionista voltean a verla.

Lucía- ¿Antonio?

El hombre se levanta y continúa mirándola.

Hombre- ¿Lucía?

Lucía- Sí, soy yo, Lucía.

El hombre se acerca y la abraza.

Hombre- ¡Mi querida prima!

Lucía- ¡Antonio!

Hombre- ¡Cuánto tiempo sin verte!

Lucía- Estás igualito...

Hombre- Tú también, igual de hermosa, como siempre.

Lucía- No puedo creerlo, el que estemos aquí, juntos, otra vez...

Hombre- Sí, es algo... sorprendente.

Lucía- Creí que nunca te volvería a ver; tú sabes, uno aquí y otro allá, cada uno con su vida...

Hombre- Sí, es cierto... ¿cuándo fue la última vez que nos vimos?

Lucía- Hace treinta años, en San Francisco...

Hombre- ¡Es increíble, estás idéntica! Igual de joven, igual de hermosa... En fin, mira, te voy a presentar a la recepcionista del hotel...

El hombre voltea hacia la recepcionista.

Hombre- La señorita Vanderbilt, mi prima Lucía...

Las dos mujeres se saludan de mano.

Lucía- Buenas noches.

Recepcionista- Buenas tardes, ya teníamos el gusto de conocernos, ayer, por la mañana.

Hombre- Sí, es cierto.

Recepcionista- ¿Encontró usted hotel?

Lucía- Sí, aquí cerca, como a dos cuadras, en una pensión estilo árabe donde, por cierto, también hablan español.

Recepcionista- Fue una pena el no poder hospedarla aquí, pero, como le dije, no tenemos habitaciones disponibles por ahora.

Lucía- Estoy muy a gusto en la pensión, no se preocupe.

El hombre mira a Lucía.

Hombre- ¿Quieres algo de tomar?

Lucía- Sí, está bien.

El hombre mira a la recepcionista.

Hombre- ¿Podría prepararnos dos Bullshots?

Recepcionista- ¿Bullshots?

Hombre- Vodka, con jugo de carne.

Recepcionista- Sí, en seguida se los traigo.

La recepcionista sale. El hombre mira a Lucía y le acaricia el rostro.

Hombre- ¡Prima...!

Lucía- ¡Antonio...!

Hombre- ¿Y a qué debo esta maravillosa sorpresa?

Lucía- Te traigo el dinero.

Hombre- ¿Qué dinero?

Lucía- El que te iban a enviar, tus hermanos. Hace tres días me llamaron por teléfono y me dijeron que no podían mandarte el giro postal porque había una huelga en la compañía de telégrafos; estaban desesperados y no sabían qué hacer, sabían que tú necesitabas el dinero con urgencia, pero no podían mandártelo, así que me ofrecí a ayudarlos.

Hombre- ¿Y atravesaste medio mundo sólo para traerme el dinero?

Lucía- Sí... ¿por qué?... ¿Hubieras preferido que no lo hiciera?... ¿No tenías ganas de verme?

Hombre- No, no es eso, estoy feliz de volver a verte, sólo que me parece extraño...

Lucía- Lo extraño es pariente de lo feo.

Hombre- No, no extraño, más bien sorpresivo... el hecho de que hayas venido hasta aquí, a traerme el dinero...

Lucía- Soy una mujer sorpresiva... Más bien, soy impredecible y eso me hace ser... sorpresiva... Además, tenía ganas de verte...

Hombre- ¿De verdad?

Lucía- Sí, de verdad.

Hombre- Pues te lo agradezco; te agradezco que me hayas traído el dinero y también... el hecho de que estés aquí...

Entra la recepcionista con una charola y dos vasos. Se acerca a ellos y coloca la charola en la mesa de centro de la sala.

Recepcionista- Vodka y jugo de carne.

Hombre- Gracias.

Recepcionista- ¿No se les ofrece alguna otra cosa?

Hombre- No, muchas gracias.

Recepcionista- Bueno, los dejo solos para que platicuen, después de treinta años de no verse, deben tener muchas cosas de las cuales platicar...

Hombre- Sí, gracias.

Recepcionista- Con su permiso.

La recepcionista va hacia el mostrador y se coloca detrás de él. El hombre toma los dos vasos y le da uno a Lucía.

Hombre- Salud, por ti, por volver a verte...

Lucía- Salud.

Brindan.

Hombre- Estoy muy apenado contigo, nunca te llamé por teléfono, ni siquiera después de la muerte de tu madre; tú sabes, para darte el pésame...

Lucía- No te preocupes...

Hombre- No, de verdad estoy muy apenado, siempre fuiste alguien muy importante para mí y en esas circunstancias, debí llamarte...

Lucía- Estamos a mano, yo tampoco te llamé cuando tu madre murió y bueno, también estoy muy apenada por eso...

Hombre- No, no te preocupes...

Lucía- Tú también eres una persona muy importante para mí...

Hombre- Me alegra escucharlo...

Lucía- ¿No lo sabías?

Hombre- No, no lo sabía.

Lucía- Siempre te he recordado con mucho cariño...

Hombre- Yo también...

Lucía- ¿Todavía escribes?

Hombre- Sí, a veces.

Lucía- ¿Cuentos?

Hombre- No, obras de teatro.

Lucía- Cuando eras niño escribías cuentos...

Hombre- Sí, es cierto...

Lucía- Me acuerdo que me los leías, en la terraza de tu casa, frente a la alberca... ¿tú te acuerdas de eso?

Hombre- Sí, claro que me acuerdo... tú me mirabas fijamente, mientras yo te leía... Recuerdo que a veces, interrumpía la lectura y mis ojos se encontraban con los tuyos... era como mirar un abismo, un abismo de dulzura, de pureza, de sensualidad... ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

Lucía- ¿En Guadalajara?

Hombre- No, en Jiquilpan, en el consultorio de mi tío Roberto.

Lucía- Sí, vagamente...

Hombre- Estábamos varios primos y algunos tíos, sentados en la sala de espera del consultorio.

Nos presentaron y después nos sentamos en la sala. Tú quedaste sentada enfrente de mí

y yo no dejaba de mirarte. Atrás de ti había un ventanal y la luz del atardecer provocaba en tu cuerpo un halo luminoso.

Lucía- ¿Cómo es posible que te acuerdes de algo así?

Hombre- Sí, me acuerdo... es una imagen que siempre ha permanecido clara en mi memoria y la cual me ha deleitado durante todos estos años...

Lucía- Mi madre bromeaba con el hecho de que estabas enamorado...

Hombre- Sí, lo estaba, fuiste mi primer amor.

Lucía- ¿En serio?

Hombre- Sí, en serio... ¿nunca te diste cuenta?

Lucía- Bueno, no sé... tal vez lo suponía, pero no estaba segura...

Hombre- Te sigo amando, Lucía, te he amado durante los últimos treinta años...

Lucía- No sé qué decirte... por un lado es muy halagador, pero por otro, bueno, somos primos...

Hombre- Sí, es cierto, somos primos...

Suena el teléfono en el mostrador. La recepcionista contesta.

Recepcionista- ¿Bueno? Sí, aquí es... Sí, en un momento la comunico con él. Señor Alfonso, lo llaman...

El hombre termina su trago y mira a Lucía.

Hombre- Con permiso.

El hombre se levanta y va al mostrador.

Recepcionista- Le paso la llamada a la cabina tres.

El hombre sale de escena y la recepcionista espera. Después cuelga el auricular. Lucía voltea a ver a la recepcionista.

Lucía- Oiga, ¿puedo hacerle una pregunta?

Recepcionista- Sí, claro.

Lucía se acerca al mostrador.

Lucía- Venga, acérquese.

La recepcionista se acerca a ella. Lucía mira, con discreción, a los espectadores.

Recepcionista- ¿Qué se le ofrece?

Lucía- Bueno, no sé cómo decírselo, pero... ¿qué hace toda esa gente ahí, enfrente de nosotras, observándonos?

Recepcionista- No lo sé, pero desde que el señor Alfonso se cayó en la bañera y se golpeó en la cabeza, suceden cosas muy raras en este hotel.

Lucía- ¿Cómo la aparición de personas, por ejemplo?

Recepcionista- Sí, como la aparición de personas.

Lucía- ¡Qué extraño!

Recepcionista- Sí, es muy extraño.

El hombre entra al escenario y mira a Lucía.

Hombre- Lamento haber interrumpido nuestra conversación...

Lucía se acerca al hombre.

Lucía- No importa, lo que nos sobra es tiempo.

El hombre mira a la recepcionista.

Hombre- ¿Podría traernos otro par de tragos?

Recepcionista- Sí, claro.

Lucía- El mío sin vodka por favor, el puro jugo de carne.

Recepcionista- Está bien, con su permiso.

La recepcionista sale. El hombre enciende un cigarro. Lucía mira al hombre.

Lucía- ¿Malas noticias?

Hombre- No, no, para nada.

Lucía- ¿Buenas, entonces?

Hombre- Sí, en cierta forma. Me llamó una mujer, Sandra, una novia que tuve hace muchos años.

Está aquí, en la ciudad, vino a buscarme para celebrar mi cumpleaños...

Lucía- ¿Y te sientes contento o no mucho?

Hombre- Sí, me siento contento, pero me parece extraño... muy extraño... hoy no es mi cumpleaños...

Lucía- Debió equivocarse de fecha.

Hombre- Sí, debió equivocarse... Pero bueno, ¿en qué estábamos?

Lucía- En tu confesión.

Hombre- ¿Mi confesión?

Lucía- Sí, en tu confesión amorosa.

Hombre- Cierto, muy cierto.

Lucía- ¿Por qué nunca me lo dijiste?

Hombre- No lo sé, tuve miedo.

Lucía- ¿De mi rechazo?

Hombre- Sí, en primer lugar. ¿Recuerdas una tarde en que estábamos en Cuernavaca, en la recámara de mi madre, tú y yo solos?

Lucía- No, no me acuerdo.

Hombre- Estábamos acostados en la cama, platicando, tú llevabas unos pantalones cortos, hasta la rodilla y yo, de pronto, toqué tu pantorrilla, suavemente, con mi mano. ¿Lo recuerdas?

Lucía- No, no lo recuerdo.

Hombre- Tú quitaste la pantorrilla y dijiste “¿qué va a pensar mi tía, si entra?”. Entonces yo retiré mi mano y quedamos en silencio durante largo rato. Es curioso que tú no lo recuerdes y que para mí haya sido la hazaña más heroica de mi amor por ti.

Lucía- Éramos unos niños.

Hombre- Sí, tú tenías trece años y yo tenía doce, pero todavía recuerdo aquel momento con una claridad absoluta; recuerdo la suavidad de tu piel, su tersura, tus delicados vellitos que se erizaron al contacto con mi mano...

Lucía- Sí, ahora puedo recordarlo, vagamente...

Hombre- Pensaba en casarme contigo, en vivir juntos en una casa en el bosque, en tener hijos. Pasaba las tardes sumido en mis fantasías y disfrutaba de la vida con una intensidad que nunca he vuelto a sentir; era como un abismo, un abismo de intensidad placentera...

Lucía- Y cuando nos vimos en San Francisco, ¿seguías enamorado?

Hombre- Sí, por completo, aunque ya amaba a otra mujer...

Lucía- ¿A Carmen?

Hombre- Sí, a Carmen.

Lucía- ¿Me amabas por completo y también la amabas a ella?

Hombre- Sí, a las dos las amaba... por completo. ¿Nunca te ha ocurrido algo así?

Lucía- Sí, en cierta forma...

Hombre- A mí siempre me ha ocurrido, siempre he seguido amando a las mujeres que alguna vez amé; las he seguido amando con la misma intensidad que al principio, y las he amado al mismo tiempo, a una y a otra...

Lucía- Mi madre me contó la historia de Carmen y pensé mucho en ti, en tu sufrimiento...

Hombre- Sí, fue algo muy duro...

La recepcionista entra a escena. Viene con una charola y dos vasos. Se acerca a ellos y les sirve los vasos.

Recepcionista- Un Bullshot con vodka y otro con puro jugo de carne.

Hombre- Gracias.

El hombre toma los dos vasos y le da uno a Lucía. La recepcionista recoge los vasos vacíos de la mesa de centro y sale de escena.

Hombre- Me contaron que te divorciaste...

Lucía- Sí, hace muchos años.

Hombre- ¿Y tienes novio?

Lucía- No, ahorita no; anduve con un chavo pero tronamos el año pasado... ¿y tú?

Hombre- No, también estoy solo...

Lucía- ¿Y por qué?

Hombre- No lo sé, estoy en una etapa de crisis y creo que lo mejor es estar solo...

Lucía- ¿Y de qué es tu crisis?

Hombre- De todo un poco; vocacional, amorosa, económica... En fin, me imagino que tiene que ver con la edad... todo me aburría y mi vida cayó en el desencanto. Me imagino que por eso estoy aquí; una mañana me levanté y pensé que cazar leones sería una actividad que me podría ayudar, por lo menos a salir del círculo vicioso en el que estaba...

Lucía- Sí, es una buena opción.

Hombre- Te sigo amando, Lucía...

Lucía- Gracias...

Hombre- Y tú, ¿alguna vez me amaste?

Lucía- No lo sé, tal vez, en algún momento, pero no estoy segura...

Entra una mujer con dos maletas al escenario, una pequeña y una mediana. Se detiene y mira al hombre.

Sandra- ¿Armando?

Hombre- ¿Sandra?

Sandra deja las maletas en el piso y abre los brazos.

Sandra- ¡Feliz cumpleaños, corazón!

El hombre se levanta, se acerca a ella y la abraza.

Hombre- Gracias, preciosa, qué bueno que viniste...

Los dos se separan y quedan tomados de la mano.

Sandra- ¿Cómo estás?

Hombre- Bien, muy bien, ¿y tú?

Sandra- Bien, feliz de volver a verte.

Hombre- Yo también, Sandra.

Sandra voltea y mira a los espectadores.

Sandra- ¿Por qué te hospedaste en un teatro?

Hombre- No, no es un teatro, es un hotel.

Sandra- ¿Y qué hacen todas esas personas ahí, viéndonos?

Hombre- Bueno, ella es mi prima Lucía y los demás... pero, ¿cómo, tú también puedes verlos?

Sandra- Sí, claro.

Hombre- Creí que yo era el único que los veía...

Sandra- No, yo también los veo...

El hombre mira a Lucía.

Hombre- Y tú, Lucía, ¿los ves?

Lucía- Sí, también, pero me daba pena decírtelo.

Sandra los interrumpe.

Sandra- Ya entiendo, por supuesto, todo es tan claro como el agua...

El hombre mira a Sandra.

Hombre- ¿A qué te refieres?

Sandra- Es el público que traes en la cabeza, les sucede mucho a los dramaturgos, siempre

traen un público en la cabeza y lo llevan a todos lados...

Hombre- Sí, puede que tengas razón... Mira, te voy a presentar a mi prima Lucía.

Sandra se acerca a ellos. Las dos mujeres se saludan.

Lucía- Mucho gusto.

Sandra- Igualmente. Armando me ha hablado mucho de usted...

Lucía- ¿De verdad?

Sandra- Sí, me dijo que fue su primer amor.

Lucía- Pues que curioso, yo acabo de enterarme.

Sandra- ¿Nunca se lo dijo?

Lucía- No, Antonio siempre ha sido un hombre muy tímido y me lo dijo hasta ahora, hasta hace un momento...

Sandra- Bueno, eso de ser tímido es bastante relativo, conmigo nunca lo fue; desde el primer momento me dijo que me amaba y, en un instante, nos entregamos a una pasión demoledora que duró, en la realidad, tres meses, pero en nuestras mentes, catorce años...

Lucía- Eso es muy interesante...

Sandra mira al hombre.

Sandra- Mira, Armando, te traje este regalito...

La mujer le entrega una caja alargada con un moño. El hombre la recibe.

Hombre- Gracias...

Sandra- ¡Ábrelo...!

El hombre abre el regalo y saca de la caja una pluma de avestruz.

Sandra- ¡Una pluma de avestruz...! ¿Te acuerdas?

Hombre- Sí, claro que me acuerdo, gracias.

Sandra voltea y mira a Lucía.

Sandra- Es algo de la intimidad, usted sabe, entre Armando y yo...

El hombre la interrumpe.

Hombre- ¿Quieres tomar algo?

Sandra- Sí, claro.

Hombre- ¿Un Bullshott?

Sandra- ¿Bullshott?

Hombre- Sí, vodka con jugo de carne.

Sandra- Sí, está bien, pero dámelo sin jugo de carne, únicamente con vodka.

Hombre- Sí, voy a buscar a la recepcionista, para que lo prepare.

El hombre sale de escena. Sandra se acerca a Lucía.

Sandra- ¿Puedo sentarme a su lado?

Lucía- Sí, por supuesto.

Sandra se sienta al lado de Lucía.

Sandra- Ahora que nos hemos quedado solas, aprovecho para decirle algo.

Lucía- ¿De qué se trata?

Sandra- Me preocupa, me preocupa y mucho...

Lucía- ¿Quién, Antonio?

Sandra- Sí, Armando.

Lucía- ¿Y por qué?

Sandra- Está en crisis, desde hace varios años, y no logra salir de ella.

Lucía- Sí, algo me comentó, pero no me dijo exactamente a qué se refería su crisis. ¿Usted lo sabe?

Sandra- Sí, la última vez que lo vi, en Monterrey, me contó todo.

Lucía- ¿Y qué fue lo que le contó?

Sandra- Pues básicamente es una crisis de indecisión, no sabe si dedicarse al teatro o a la literatura, es decir, no sabe si escribir dramas o escribir cuentos, como cuando era niño...

Lucía- ¿Y por qué no escribe las dos cosas?

Sandra- Fue lo que yo le dije, pero él insiste en que no, en que tiene que dedicarse a una cosa o a la otra, y cuando se dedica a una, extraña la otra y al revés, de manera que no puede decidirse...

Lucía- Me parece una crisis de lo más absurda...

Sandra- Pues sí, a mí también, pero a él le afecta; por alguna extraña razón le afecta mucho, a tal punto que ha dejado de escribir...

Lucía- ¿Y en cuanto a su vida amorosa?

Sandra- Eso está peor todavía, en ese aspecto tampoco pudo decidirse; estuvo pensando, durante años, en vivir con una mujer o con otra y le pasó lo mismo que con la escritura, cuando estaba con fulanita quería estar con sutanita y al revés, hasta que llegó a un punto en donde ya no pudo estar con ninguna de las dos...

Lucía- Y usted, ¿lo ama?

Sandra- ¿Por qué me lo pregunta?

Lucía- Pues no sé, porque fueron novios y usted vino a buscarlo...

Sandra- Sí, lo amo, pero lo nuestro es imposible, fue imposible por un tiempo y después se quedó así, imposible...

Entra el hombre con un vaso en la mano.

Hombre- No pude encontrar a la recepcionista por ningún lado, así que te lo preparé yo mismo.

El hombre le da el vaso a Sandra.

Hombre- Bullshott sin jugo de carne, puro vodka.

Sandra recibe el vaso. El hombre se sienta, toma su vaso y lo levanta.

Hombre- Salud, por el gusto de volver a verlas.

Los tres brindan. El hombre mira a Sandra.

Hombre- ¿Y cómo te fue en el viaje?

Sandra- Bien, fue un poco largo y cansado, pero bueno, estuvo bien.

Hombre- Es una sorpresa que estés aquí, con nosotros.

Sandra- Sí, es una sorpresa, pero bien sabes que soy una mujer impredecible y por lo tanto, sorpresiva.

Hombre- Sí, eso es cierto.

Sandra- ¿Todavía me amas?

Hombre- Sí, por supuesto, siempre te he amado.

Sandra- ¿Pero me amas igual que antes, es decir, como al principio?

Hombre- Sí, te amo con la misma intensidad que siempre.

Lucía interviene.

Lucía- Justamente estábamos hablando de eso, antes de que usted llegara. Antonio me decía que seguía amando con la misma intensidad que al principio a todas las mujeres que había amado.

Sandra- A usted entre ellas, por supuesto.

Lucía- Sí, a mí entre ellas.

Sandra- Y con la misma intensidad que a mí, supongo.

Lucía- Pudiera ser, pero eso tendríamos que preguntárselo a él, ¿no le parece?

Sandra- Sí, es cierto.

Sandra mira al hombre.

Sandra- Y bien, Armando, ¿qué dices al respecto?

Hombre- Pues sí, en efecto.

Sandra- Sí, ¿qué?

Hombre- Las amo igual, a las dos, y no hay frivolidad en lo que digo, las amo de una manera profunda, con toda mi alma, tanto a una como a la otra.

Sandra- Todo esto es muy extraño, debería sentir celos, pero no los siento. Es más, me agrada tu honestidad y me empiezo a sentir cómoda contigo, otra vez, como al principio de nuestra relación... ¿te acuerdas de aquellas noches, en la posada de Jobito, cuando te entregué mi virginidad?

Hombre- Sí, claro que me acuerdo...

Sandra- ¡Qué lástima que nuestro amor no prosperó!

Hombre- Sí, es una lástima.

Sandra- Ya desde entonces eras indeciso y nunca te pudiste decidir por mí.

Hombre- Sí, es cierto.

Una mujer entra en escena.

Carmen- Buenos días...

Los tres voltean a mirarla.

Hombre- ¿Carmen?

Carmen- Sí, Arturo, soy yo.

El hombre se acerca a ella.

Hombre- Pero. ¿cómo es posible?

Carmen- Todo es posible en esta vida, y en la otra.

El hombre abraza a Carmen. Permanecen abrazados y en silencio por un momento. Sandra mira a Lucía.

Sandra- ¿Es Carmen, Carmen?

Lucía- Sí, me parece que sí.

El hombre y Carmen se separan y se miran a los ojos.

Hombre- ¡Carmen, mi amada Carmen!

Carmen- ¡Flaquito, mi flaquito...!

El hombre le acaricia el rostro.

Hombre- Puedo tocarte... estás aquí, por fin, después de tantos años...

Carmen- Sí, estoy aquí, Arturo, aquí, contigo...

Hombre- Hice una obra de teatro acerca de ti y la estuve presentando durante los últimos veinte años...

Carmen- Sí, lo sé, la he visto infinidad de veces...

Hombre- ¿Cómo? ¿La has visto?

Carmen- Sí, he estado en cada una de tus funciones...

Hombre- ¿De verdad?

Carmen- Sí, de verdad.

Hombre- ¿Y te gustó?

Carmen- Sí, claro que me gustó; de hecho, me parece tu mejor obra, creo que después de ella nunca volviste a escribir algo que estuviera a su altura...

Hombre- Sí, yo creo que tienes razón...

Carmen- Y eso me hace sentir muy halagada, ser el personaje de tu mejor obra...

Hombre- Gracias, la hice para ti, sólo para ti, tal vez por eso me salió bien, por la musa y no por mi talento...

Carmen- Veo que sigues siendo un caballero...

Hombre- No, no soy un caballero, contigo me porté muy mal, me fui a Europa sin

despedirme de ti y, bueno, nunca nos volvimos a ver...

Carmen- Estabas enojado conmigo.

Hombre- Sí, pero estaba enojado porque te amaba, porque terminaste con nuestra relación y porque no quisiste regresar conmigo; y bueno, pues se me hizo fácil irme así, enojado...

Pero no sabes cómo me arrepentí después...

Carmen- Sí, lo sé, yo misma te veía sufrir en aquel hotel de Madrid cuando recibiste la noticia...

Hombre- ¿Estabas ahí?

Carmen- Sí, ahí estaba, aunque tú no pudieras verme...

Hombre- Una noche soñé contigo; estábamos en un restaurante y brindábamos con dos copas de vino. Recuerdo el sonido de las copas, al chocar... ¿estabas ahí, en mi sueño?

Carmen- Sí, Arturo, ahí estaba...

Hombre- Yo interpreté ese sueño como una especie de reconciliación, como si me hubieras perdonado por haberme ido... ¿así fue?

Carmen- Sí, así fue, entré a tu sueño para que supieras que te perdonaba, para que supieras que estábamos en paz y que yo me encontraba bien...

Hombre- Y las mariposas de Cuernavaca, las mariposas blancas, ¿también eras tú?

Carmen- Sí, flaquito, también era yo.

Hombre- Carmen, siempre te he amado, con toda el alma, y cada día que pasa te sigo amando, como al principio, como cuando estábamos juntos...

Carmen- Yo también te sigo amando, como siempre, como al principio...

La recepcionista entra a escena.

Recepcionista- ¿Me buscaba?

El hombre y Carmen voltean a verla.

Hombre- Sí, estuve buscándola, por el jardín.

Recepcionista- Escuché que me llamaba, pero me estaba bañando.

El hombre mira a Carmen.

Hombre- ¿Quieres algo de tomar?

Carmen- Estaría bien tomarse un trago.

Hombre- ¿Quieres un bullshott?

Carmen- ¿Vodka con jugo de carne?

Hombre- Sí, exactamente.

Carmen- Sí, está bien, pero en lugar de jugo de carne, lo quiero con jugo de tomate.

Hombre- Muy bien.

El hombre mira a la recepcionista.

Hombre- Ya lo escuchó usted, un bullshott de vodka con jugo de tomate.

Recepcionista- Enseguida se lo traigo.

La recepcionista sale. El hombre mira a Carmen.

Hombre- Mira, te voy a presentar.

El hombre y Carmen se acercan a Lucía y a Sandra.

Hombre- Ella es Carmen, ella es Lucía y ella es Sandra.

Carmen saluda a Lucía.

Carmen- Hola, mucho gusto.

Lucía- El gusto es mío.

Carmen saluda a Sandra.

Carmen- Hola, ¿qué tal?

Sandra- Bien, gracias, ¿y usted?

Carmen- Bien, también, gracias.

Todos se sientan en la sala.

Hombre- Lucía es mi prima, la que vivía en San Francisco, ¿te acuerdas que te platicué de ella?

Carmen- Sí, claro, tu primer amor.

Hombre- De hecho, Lucía, la última vez que te vi, en San Francisco, no te confesé mi amor por fidelidad a Carmen, ¿te acuerdas que te platicué de ella?

Lucía- Sí, me acuerdo, y te felicito, hiciste muy bien en respetarla.

Hombre- Sí, es cierto. Mira, Carmen, ella es Sandra, otro gran amor de mi vida, la conocí tiempo después de que tú y yo nos separamos...

Carmen- Sí, lo sé.

Hombre- ¿De verdad?

Carmen- No hay nada que no sepa acerca de tu vida, me he convertido en algo así como tu ángel guardián y me he enterado de todo...

Hombre- Me alegra saberlo.

Carmen- Bueno, en realidad nosotros tenemos que cuidar de todos, pero a ti te he cuidado, digamos, de una forma especial... por cierto, me encontré a tu mamá...

Hombre- ¿A mi mamá?

Carmen- Sí, me dijo que venía para acá, pero que antes quería comprar un ramo de orquídeas, por lo de tu cumpleaños...

Hombre- Pero, hoy no es mi cumpleaños...

Sandra interviene.

Sandra- ¿Cómo? ¿Hoy no es tu cumpleaños?

Hombre- No.

Sandra- ¿Y por qué no me lo dijiste?

Hombre- Pues no quise, decepcionarte.

Carmen- Arturo siempre ha sido un caballero y es incapaz de contradecir a una mujer,

Lucía interviene.

Lucía- Sí, eso es cierto.

Sandra- O tal vez se equivocó de fecha y por eso cree que hoy no es su cumpleaños,  
Armando siempre ha sido despistado y lo que más se le olvida son las fechas.

Hombre- Sí, es cierto, soy muy despistado, pero estoy seguro de que hoy no es mi  
cumpleaños... de ser así, yo sería el primero en saberlo...

Sandra- O el último en enterarte...

Carmen- En fin, no tiene la menor importancia, lo importante es que estamos todos juntos,  
aquí...

Sandra- Sí, eso es muy cierto...

Entra la recepcionista con una charola y un vaso. Se dirige a Carmen y le da el vaso.

Recepcionista- Un Bullshott con vodka, sin jugo de carne, pero con jugo de tomate.

Carmen- Muchas gracias.

Carmen levanta su vaso hacia los demás.

Carmen- Salud.

Todos brindan. La recepcionista sale de escena. Después de un breve silencio, Carmen mira al  
hombre.

Carmen- Y, entonces, ¿sigues malito?

Hombre- ¿Cómo lo sabes?

Carmen- Arturo, yo lo sé todo; ya te lo dije, hace un momento.

Hombre- Pues sí, sigo con mi crisis, ya voy para siete años...

Carmen- Y siempre es sobre lo mismo; tu indecisión, ¿no es cierto?

Hombre- Sí, mi indecisión.

Sandra- Hace un rato, la señorita Lucía y yo hablábamos sobre este asunto y las dos coincidíamos en que tu crisis, es una crisis de lo más absurda...

Hombre- ¿Absurda?

Sandra- Sí, absurda, por lo menos en el ámbito profesional; ninguna de las dos entendemos el porqué de tomar una decisión...

Hombre- ¿Entre la literatura y el teatro?

Sandra- Sí, bien podrías dedicarte a las dos cosas, ¿por qué tienes que elegir entre una de las dos?

Hombre- Por que las dos son artes que requieren de un compromiso total...

Lucía- ¿No será más bien un conflicto de identidad?

Hombre- ¿De identidad?

Lucía- Sí, entre lo que fuiste y lo que eres.

Hombre- No te entiendo.

Lucía- De niño escribías cuentos y de adulto teatro, tal vez tienes un conflicto entre el niño y el adulto que llevas dentro. Tal vez, quieres regresar a tu infancia y volver a escribir cuentos, como cuando te conocí, pero, al mismo tiempo, quieres seguir siendo el adulto que eres, el adulto que escribe teatro. Tal vez, tu decisión radica entre ser uno o ser otro y esa es una decisión imposible de tomar, puesto que eres los dos, tanto uno como el otro...

Hombre- Sí, puede que tengas razón...

Entra una mujer al escenario.

Guadalupe- ¿Chavo?

El hombre voltea hacia ella.

Hombre- ¿Mamá?

Guadalupe- Ven a mis brazos, chavo.

El hombre va hacia ella y la abraza.

Hombre- ¡Mamá, qué gusto de volver a verte!

Guadalupe- ¡A mí también me da mucho gusto verte, chavo!

Hombre- Mamá, no me digas chavo, tengo visitas...

Guadalupe- ¿Ya llegó Carmelita?

Hombre- Sí, aquí está.

Guadalupe- Me la encontré en el camino, también venía para acá, para lo de tu cumpleaños.

Hombre- Aquí está, ven, salúdala.

Guadalupe- Mira, te traje estas orquídeas, ponlas en algún florero.

Guadalupe le da las flores al hombre y se acerca a saludar a Carmen.

Carmen- Hola, doña Lupe, qué bueno que ya llegó.

Guadalupe- Hola, Carmelita, me tardé un poco por lo de las orquídeas, pero ya estoy aquí...

Lucía se acerca a Guadalupe.

Lucía- Hola, tía, ¿no se acuerda de mí?

Guadalupe- ¿Lucía?

Lucía- Sí, soy Lucía, la hija de su hermana Leticia.

Guadalupe- Sí, claro que me acuerdo de ti, cómo no me voy a acordar, si fuiste el primer amor de

Augusto.

Lucía- Sí, ésa soy yo.

Guadalupe- ¿Y cómo has estado?

Lucía- Pues aquí, extrañando a mi mamá, ¿usted la ha visto?

Guadalupe- Sí, claro, vivimos juntas, en la misma casa.

Lucía- ¿Y cómo está?

Guadalupe- Bien, muy bien. De saber que estabas aquí, se hubiera venido conmigo, para saludarte.

Lucía- Me habría dado mucho gusto verla; dígale que me visite, aunque sea otro día.

Guadalupe- Se lo diré, Lucía, se lo diré.

El hombre interviene.

Hombre- Mira, mamá, ella es Sandra.

Guadalupe- ¿Otra de tus novias?

Hombre- Sí, mamá, otra de mis novias.

Guadalupe se acerca a Sandra.

Guadalupe- Hola, Sandra, mucho gusto en conocerte.

Sandra- Igualmente, señora.

Hombre- Voy a buscar un florero, regreso en seguida.

Guadalupe- Está bien, chavo.

Hombre- Mamá, no me digas chavo...

Guadalupe- Chavo, por favor, no seas ridículo...

Hombre- ¿Quieres tomar algo?

Guadalupe- Sí, lo que sea.

Hombre- ¿Te traigo un Bullshott?

Guadalupe- ¿Vodka con jugo de carne?

Hombre- Sí, exactamente

Guadalupe- Sí, está bien, pero en lugar de vodka ponle ron y en lugar de jugo de carne, refresco de cola.

Hombre- Está bien, mamá.

El hombre sale de escena, llevando consigo las flores. Guadalupe se dirige a la sala, acompañada de Carmen, Lucía y Sandra. Guadalupe voltea a ver al público.

Guadalupe- ¿Y quiénes son estos señores?

Carmen- Son espectadores, de la cabeza de Arturo.

Guadalupe- ¿De agosto?

Carmen- Sí, de Arturo.

Guadalupe- Ya entiendo.

Guadalupe mira a los espectadores.

Guadalupe- Buenas noches.

Las cuatro mujeres se sientan en la sala.

Guadalupe- ¿Y cómo sigue el chavo?

Lucía- Pues en crisis, tía.

Guadalupe- ¿Todavía?

Lucía- Sí, todavía.

Guadalupe- Está en crisis desde que lo conozco y mira que fui la primera en conocerlo. Siempre estuvo en crisis, desde chiquito. Primero, fue asmático, quién sabe porqué, pero fue asmático y de todo se angustiaba; después, cuando se estrelló en el autobús le tuvo miedo a los camiones; luego tuvo la crisis de si escribía cuentos o se dedicaba a la actuación; más tarde, con la muerte de Carmen, estuvo inconsolable durante años; luego, que el terremoto del ochenta y cinco y el miedo a los edificios; años después que si la actuación o si la dirección escénica; luego que si dirigir obras ajenas o dirigir obras propias; en fin, siempre ha estado en crisis, desde que lo conozco...

Lucía- Pero ahora es diferente; él cree que tiene que decidir, entre la literatura y el teatro, y que mientras no logre decidirlo, su vida está en espera, en una eterna pausa...

Guadalupe- Pues me parece una crisis muy absurda, podría dedicarse a una cosa y a la otra.

Lucía- Es lo que pensamos todas, pero tal parece que él no puede verlo así...

Entra la recepcionista con una charola y un vaso.

Recepcionista- ¿Usted es la señora Guadalupe?

Guadalupe- Sí, yo soy.

Recepcionista- Aquí le traigo su bullshott, con ron en lugar de vodka y refresco de cola, en lugar de jugo de carne.

Guadalupe- Gracias, muchas gracias.

Recepcionista- Con su permiso.

La recepcionista sale de escena.

Guadalupe- Y esta muchachita, ¿también es novia de Augusto?

Lucía- No, ella es la recepcionista del hotel.

Guadalupe- Se parece a una de sus novias, pero no recuerdo a cuál.

Carmen- Ha tenido tantas...

Sandra- Lo cual puede verse como un logro o como todo lo contrario; el hecho de tener muchas novias puede significar una larga cadena de victorias o una larga cadena de fracasos.

Entra el hombre con un florero lleno de orquídeas y lo coloca sobre el mostrador de la recepción.

Guadalupe- Ven, chavo, estamos hablando de ti.

Hombre- Sí, mamá, ya voy.

El hombre se acerca a ellas.

Guadalupe- Estábamos hablando de tu crisis y todas opinamos que deberías dedicarte a las dos cosas; a la literatura y al teatro.

Hombre- No, mamá, las cosas no son así...

Guadalupe- Mira, tus obras de teatro son buenas, unas mejores que otras, claro está, y habrá gente

a la que no les gusten, por supuesto, pero tú no tienes que hacerles caso; tus obras son buenas y párale de contar. Ahora, por otro lado, tus cuentos también eran buenos; me acuerdo que de niño eras muy talentoso, y bueno, lo sigues siendo, por supuesto, pero de niño eras brillante...

Hombre- Mamá, por favor...

Guadalupe- No estoy diciendo mentiras, me acuerdo que el primer cuento que escribiste fue a los seis años, cuando ni siquiera sabías escribir...

Sandra- Y entonces, ¿cómo lo escribió?

Guadalupe- Lo escribió en su mente y me lo fue dictando; yo lo escribí por él.

Sandra- ¿Y de qué trataba?

Guadalupe- Era sobre dos asesinos, un hombre y una anciana, que iban en un tren. Los dos hacían una competencia para ver quién había matado más personas. Uno y otro contaban las historias de sus crímenes y al final, los dos empataban, es decir que ambos tenían el mismo número de víctimas. El hombre se regocijaba con el empate, pero la anciana consideraba el empate como un fracaso, de modo que, al final, la anciana mataba al hombre y le ganaba la competencia por un punto. Brillante, ¿no? Sobre todo, viniendo de un niño de seis años.

Hombre- Mamá, por favor...

Guadalupe- ¿Qué te pasa? ¿Te molesta que te admire?

Hombre- No, mamá, pero...

Carmen- Arturo, no seas grosero con tu madre, déjala que nos cuente lo que quiera contarnos...

Hombre- Está bien, perdón por interrumpir...

Lucía- Había un cuento sobre un vampiro, pero no me acuerdo cómo se llamaba...

Guadalupe- “El conde Batso”, pero ése lo escribió más grandecito, como a los diez años, ya de su

puño y letra...

Lucía- Y había otro de un orfanatorio, y otro de un payaso que asesinaba niños...

Guadalupe- Sí, me acuerdo de todos ellos...

Carmen- A mí ya no me tocaron éstos, yo lo conocí más grande, digamos que en una segunda o tercera época; a mí me leyó algunos cuentos de amor y otros acerca de una pandilla que se llamaba “Los navajas”... ¿te acuerdas, Arturo?

Hombre- Sí, claro que me acuerdo...

Guadalupe- Después vino su época de dramaturgo y, sin duda, la mejor obra que hizo fue la que te dedicó a ti, Carmelita...

Carmen- Sí, yo opino lo mismo; incluso se lo dije hace un rato, cuando llegué...

Guadalupe- ¿Tú la viste?

Carmen- Sí, por supuesto que la vi.

Guadalupe- ¿Después de...?

Carmen- Sí, después de...

Guadalupe- ¿Una en donde combinaba el idioma español con un lenguaje inventado?

Carmen- Sí, ésa.

Sandra- Yo también la vi, y estoy de acuerdo con ustedes; sin duda, fue su mejor obra. Aunque también vi otra que me gustó, no me acuerdo cómo se llamaba, pero era sobre un hombre dividido en dos y, al final, uno se moría y el otro quedaba vivo. Según él era una obra autobiográfica, acerca de su propia muerte y de su propio renacimiento...

Guadalupe- ¿Estás hablando de su viaje a Estados Unidos?

Sandra- Sí, exactamente; la noche en que le entregué mi virginidad, me contó esa historia...

Lucía- ¿Y cómo es, esa historia?

Sandra- Después de lo de Carmen, Armando se hundió en una profunda depresión y un día, según

él, decidió morirse y, al morirse, cayó en un profundo abismo. Estuvo ahí durante un largo tiempo y, de pronto, escuchó el aullido de un lobo y fue entonces cuando revivió; sí, descubrió una parte de sí mismo diferente, una parte animal, una parte de sí mismo que quería sobrevivir y entonces revivió.

Carmen- Una primera muerte, para volver a vivir...

Sandra- Sí, eso, exactamente eso; una primera muerte, para volver a vivir...

El hombre las mira y guardan silencio por un momento.

Hombre- ¿Quieren otro trago?

Guadalupe- Sí, está bien, estamos muy a gusto aquí, platicando...

Hombre- Déjenme ver si me acuerdo: un bullshot sin vodka para Lucía, uno sin jugo de carne para Sandra, otro con jugo de tomate en lugar de jugo de carne para Carmen, otro con ron en lugar de vodka y refresco de cola en lugar de jugo de carne para mi mamá y otro con la receta original, vodka y jugo de carne, para mí. Muy bien, lo recuerdo todo perfectamente. Con su permiso, regreso en un momento...

El hombre sale.

Lucía- Me siento triste, muy triste...

Guadalupe- ¿Por qué, sobrina?

Lucía- Por Antonio, no puedo dejar de verlo como un hombre acabado. Me acuerdo de la última vez que lo vi, hace treinta años. Estaba enamorado de Carmen y tenía su grupo de teatro; era un hombre vital, apasionado con la vida...y ahora, está acabado, acabado por completo...

Sandra- Tal vez ya dio lo que tenía que dar...

Carmen- No cabe duda de que ustedes, los vivos, son las personas más ridículas que existen, se la pasan preocupándose por todo; si yo estuviera viva no me preocuparía por nada,

solamente me dedicaría a estar viva, sólo a eso, a estar viva y nada más...

Guadalupe- Sí, yo también...

Sandra- El problema con Armando es que ni está vivo ni está muerto, está ahí, a medio camino, entre la vida y la muerte, detenido, en una eterna pausa

Lucía- Y todo por una simple indecisión...

Sandra- Sí, todo por una simple indecisión...

Entra la recepcionista.

Recepcionista- ¿Y el señor Alfonso?

Lucía- Fue por unos tragos, me imagino que a la cocina...

Recepcionista- Tengo algo que decirles...

Lucía- ¿Sí? ¿De qué se trata?

Recepcionista- En realidad yo no soy yo, sino otra persona.

Lucía- ¿Y cómo es eso?

Recepcionista- Soy Martha, la última novia de Alfonso, pero tuve que disfrazarme de recepcionista para poder estar cerca de él.

Lucía- ¿Y por qué?

Recepcionista- Alfonso y yo terminamos peleados y me dijo que no quería volver a verme. Yo me había ido a vivir a otro país, para estudiar maquillaje y transformismo, y Alfonso había quedado de alcanzarme. Los meses pasaron y Alfonso nunca llegó, mi vida comenzó a cambiar y, un día, por teléfono, le dije que había dejado de amarlo. Alfonso se puso como loco, me insultó y me dijo que no quería volver a verme. Pasaron los años, y un día, mientras yo estaba de vacaciones, me lo encontré aquí, hospedado en este hotel y en un estado deplorable. Me preocupé mucho por él y decidí cuidarlo, pero como él estaba enojado conmigo y me había dicho que no

quería volver a verme, decidí disfrazarme de recepcionista y estar cerca de él, sin que se diera cuenta. Desde entonces, he estado aquí, cuidándolo, pero sin saber qué hacer con él. Yo fui quien las llamé a ustedes, a través de rezos, para que vinieran a ayudarlo y veo que mis plegarias produjeron el milagro de tenerlas aquí, con nosotros. Estoy muy preocupada por Alfonso, se la pasa encerrado en su cuarto, sin hacer nada, tratando de resolver su crisis. Al principio trataba de escribir, pero sólo escribía historias incoherentes que después rompía. Sí, eso era al principio, pero después dejó de escribir y se la pasaba acostado en su cama, fumando.

Lucía- ¿Y la cacería de leones?

Recepcionista- Eso es solamente una invención, lo dice para impresionar a su público imaginario, lo dice para hacerse el interesante. Yo le doy por su lado, cuando habla de los leones, para entretenerlo un poco y, sobre todo, para no dejarlo en ridículo; pero no, eso de los leones es pura invención.

Lucía- ¿Y la intención de regresar a su país?

Recepcionista- Eso es algo que tampoco tiene decidido; según él quiere regresar y le pide dinero a sus amigos para comprar su boleto de regreso, pero en cuanto le llega el dinero, cambia de parecer y dice que todavía no está preparado para volver a casa, de manera que se gasta el dinero en otra cosa y vuelve a lo mismo, a su mismo círculo vicioso de todos los días: tratar de resolver su crisis de indecisión acostado en una cama.

Lucía- Hice bien en venir a verlo, si sus hermanos le hubieran mandado el dinero del boleto de regreso, Antonio se lo habría gastado en otra cosa y seguiríamos en lo mismo.

Recepcionista- Sí, hizo bien en venir a verlo.

El hombre regresa con una charola con cinco bebidas. Se acerca a ellas y le da una bebida a Guadalupe.

Hombre- Para mi mamá...

Guadalupe- Gracias, chavo.

El hombre le da otra bebida a Carmen.

Hombre- Para Carmen...

Carmen- Gracias, flaquito.

El hombre le da otra bebida a Sandra.

Hombre- Para Sandra...

Sandra- Gracias, corazón.

El hombre le da otra bebida a Lucía.

Hombre- Y para Lucía...

Lucía- Gracias, primo.

El hombre toma su bebida y deja la charola sobre la mesa de centro. Se sienta y levanta su vaso.

Hombre- Salud.

Todos brindan.

Guadalupe- Chavo, tenemos algo que decirte...

Hombre- ¿Sí? ¿De qué se trata?

Guadalupe mira a la recepcionista y, después, mira al hombre.

Guadalupe- Esta muchachita, la recepcionista del hotel, en realidad no es quien dice que es...

Hombre- ¿Ah, sí? Y entonces, ¿quién es, en realidad?

Guadalupe- Se trata de Martha, tu última novia.

Hombre- ¿De verdad?

Guadalupe- Sí, de verdad.

El hombre se levanta y se acerca a la recepcionista. La mira.

Hombre- ¿Martha?

Recepcionista- Sí, soy yo, Alfonso.

Hombre- Pero. ¿cómo es posible?

Recepcionista- Tuve que disfrazarme de recepcionista, porque dijiste que no querías volver a verme, pero soy yo, Martha...

Hombre- Siempre fuiste hábil para disfrazarte, pero esto me parece... sorprendente...

Recepcionista- Tú sabes que soy una mujer sorprendente; bueno, más bien soy impredecible y el hecho de ser impredecible me hace ser sorprendente...

Hombre- Sí, eso es muy cierto, pero bueno, ¿por qué estás aquí?

Recepcionista- En principio, por casualidad; un día vine de vacaciones y decidí hospedarme en este hotel. De pronto, cuando me estaba registrando, te vi desayunando en el comedor; me escondí para que no me vieras y comencé a observarte: estabas solo y triste, hablabas contigo mismo y realizabas un extraño ritual con el cuchillo y el tenedor. Entonces decidí quedarme aquí, contigo; pero como tú no querías verme, pues tuve que disfrazarme...

Hombre- ¿Y por qué decidiste quedarte aquí, conmigo?

Recepcionista- Para cuidarte, Alfonso, para cuidarte. Siempre has sido una persona muy importante para mí y cuando te encontré así, en este estado tan lamentable, pues decidí cuidarte...

Hombre- Te dije que no quería volver a verte.

Recepcionista- Sí, Alfonso. pero estaba preocupada por ti...

Hombre- Hiciste muy mal en desobedecerme.

Recepcionista- Alfonso, no te pongas así...

Hombre- Basta, no quiero discutir contigo...

Recepcionista- Está bien, no discutamos...

Hombre- Espérame aquí y no te muevas; regreso en un momento...

El hombre sale de escena. La recepcionista voltea hacia el grupo de mujeres.

Recepcionista- Parece que sigue enojado...

Guadalupe- No te preocupes, en un momento se le pasa.

Recepcionista- Espero que sí...

El hombre regresa con una pistola. Se detiene, le apunta a la recepcionista y dispara. La recepcionista cae al piso. Las mujeres miran al hombre, sorprendidas. Guadalupe se levanta de su asiento.

Guadalupe- ¡Chavo, esas cosas no se hacen!

El hombre mira a Guadalupe.

Hombre- Perdóname, mamá, pero estaba muy enojado...

Guadalupe- Aunque estés muy enojado. no puedes matar a una mujer. Puedes matar leones o cualquier otro animal, pero no mujeres...

Hombre- Sí, perdóname...

El hombre mira a las demás mujeres.

Hombre- Ustedes también, perdonenme...

El hombre voltea a ver a los espectadores.

Hombre- Y ustedes también, por supuesto...

El hombre se acerca al grupo de mujeres, se sienta en uno de los sillones y deja la pistola sobre la mesa de centro.

Hombre- Lamento que hayan pasado por algo tan desagradable, pero, por más que lo intenté, no pude controlarme...

Carmen mira al hombre.

Carmen- ¿Cómo es posible, Arturo? ¿Cómo es posible que hayas hecho una cosa así?

El hombre se levanta del sillón y mira a Carmen.

Hombre- Lo siento, Carmen, pero la amaba demasiado...

Carmen- ¿Y eso te parece una buena razón para matarla?

Hombre- No, claro que no...

Carmen- No se debe matar lo que se ama, Arturo, eso es una aberración...

Hombre- Sí, eso es muy cierto...

Lucía mira al hombre.

Lucía- Mírala, primo, está muerta; la última mujer a la que amaste está muerta, y no por causa del destino sino por tu propia mano criminal...

Hombre- Sí, está muerta...

Sandra- ¿Y no te duele verla muerta?

Hombre- Sí, claro que me duele, es como si yo mismo me hubiera disparado, justo aquí, en el corazón...

Carmen- Pobrecito de ti, Arturo, ahora si va a comenzar tu sufrimiento; vas a sufrir de una manera que ni siquiera te la puedes imaginar...

Hombre- Estoy arrepentido por lo que hice; me siento muy mal y estoy arrepentido...

Guadalupe- Pues entonces pídele perdón, a lo mejor su espíritu anda todavía por aquí y todavía te escucha...

El hombre se acerca al lugar en donde yace la recepcionista.

Hombre- Perdóname, Martha, te maté porque te amaba, pero estoy arrepentido...

La recepcionista se levanta.

Recepcionista- ¿De verdad, Alfonso? ¿De verdad estás arrepentido?

El hombre la mira, atónito.

Hombre- Pero, ¿cómo? ¿No estás muerta?

Recepcionista- No, Alfonso, no estoy muerta, la pistola tenía balas de salva. Todas las armas del hotel están cargadas con balas de salva, para evitar un accidente; sólo se cargan con balas verdaderas cuando los clientes van de cacería.

Hombre- Qué bueno, me alegro de que sean tan precavidos...

Recepcionista- Yo también me alegro

Hombre- Perdóname, Martha, perdóname por haberte disparado...

Recepcionista- Sí, Alfonso, te perdono, pero no vuelvas a hacerlo; me hiciste sentir muy mal, como cuando una rata se acurruca entre tus pies, en una fría noche de invierno...

Hombre- Nunca lo volveré a hacer, te lo juro. No sé qué me pasó; estaba muy enojado contigo y no pude controlarme...

Recepcionista- ¿Y por qué estabas enojado, Alfonso? Eso es algo que nunca pude entender.

Hombre- No lo sé...

Recepcionista- ¿Porque me fui? ¿Porque dejé de amarte?

Hombre- Sí, por eso.

Recepcionista- Pero antes de irme te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que no...

Hombre- Sí, es cierto.

Recepcionista- Y después, quedaste de alcanzarme y nunca llegaste...

Hombre- Sí, eso también es cierto.

Recepcionista- ¿Y por qué nunca llegaste?

Hombre- Estaba confundido y no pude decidirme...

Recepcionista- Nunca te pudiste decidir por mí y entonces nuestras vidas tomaron rumbos diferentes. Eso fue lo que pasó, ¿no es cierto?

Hombre- Sí, es cierto...

Recepcionista- Y entonces, ¿por qué estabas enojado?

Hombre- No lo sé...

Recepcionista- Los dos somos culpables de nuestro fracaso y, por lo que a mí me toca, te pido  
perdón...

Hombre- Está bien, te perdono...

Recepcionista- Gracias, Alfonso...

Hombre- ¿Y tú a mí, me perdonas por todo lo que hice, y también, por lo que no hice?

Recepcionista- Sí, Alfonso, también te perdono...

Hombre- Gracias...

Recepcionista- ¿Te puedo dar un abrazo?

Hombre- Sí, claro...

El hombre y la recepcionista se abrazan. Después, se separan y se miran.

Recepcionista- Y entonces, ¿me sigues amando?

Hombre- Sí, Martha, por supuesto...

Recepcionista- Yo también, de alguna forma, diferente y extraña, te sigo amando...

Hombre- Me agrada escucharlo...

Recepcionista- Sea lo que sea lo que haya pasado entre nosotros ¿quedamos en paz?

Hombre- Sí, quedamos en paz.

Recepcionista- Gracias, Alfonso, gracias por reconciliarte conmigo.

Hombre- De nada. Mira, te voy a presentar, seguramente ya las conoces, pero te voy a  
presentar...

El hombre y la recepcionista se acercan al grupo de mujeres.

Hombre- Ella es mi madre, ella es Carmen, ella es Sandra y ella es Lucía.

Las mujeres la saludan.

Hombre- Y bueno, como ya saben, ella es Martha, mi última novia.

Recepcionista- Hola.

El hombre mira a la recepcionista.

Hombre- ¿Quieres algo de tomar?

Recepcionista- Sí, está bien.

Hombre- ¿Un Bullshot?

Recepcionista- Sí, pero en lugar de vodka y jugo de carne, ponle únicamente agua.

Hombre- Está bien.

El hombre sale de escena. La recepcionista se une al grupo de mujeres.

Guadalupe- Bueno, pues parece que todo se arregló entre ustedes.

Recepcionista- Sí, parece que sí.

Lucía- ¿Y qué vamos a hacer con él?

Carmen- ¿Con Arturo?

Lucía- Sí, con Antonio.

Carmen- Pues no lo sé, pero algo tendríamos que hacer...

Guadalupe- Sí, el chavo requiere de una ayuda urgente, porque si no, las cosas pueden terminar muy mal...

Sandra- No creo que se atreva a volver a dispararle a otra mujer y, al menos, en ese sentido, podemos estar tranquilas...

Carmen- Sí, pero está sufriendo y, cada vez, está más desesperado...

Recepcionista- ¿Y si lo ayudáramos a decidir?

Lucía- Yo insisto en que tomar una decisión de esa naturaleza es imposible.

Recepcionista- Sí, pero alguna solución tiene que haber...

Sandra- Tal vez una solución absurda para un conflicto tan absurdo.

Lucía- Sí, eso es muy posible, una solución absurda, pero ¿cuál?

Sandra- No lo sé, pero de cualquier manera sería absurdo buscar una solución absurda, no creo que pudiéramos encontrarla.

Recepcionista- ¿Y el psicoanálisis, no podrá ayudarlo?

Carmen- No, ya pasó por todas las terapias posibles y ninguna lo ayudó.

Sandra- ¿Y la magia?

Guadalupe- No, eso tampoco le sirvió de nada; ya fue a ver a los mejores curanderos y nada, nada de nada.

Lucía- ¿Y el amor?

Recepcionista- No lo creo, cuando fuimos novios, él estaba enamorado de mí, profundamente, y eso, tampoco lo ayudó en nada.

Carmen- ¿Y la muerte?

Lucía- ¿La muerte?

Carmen- Sí, morir de nuevo, para volver a vivir.

Lucía- Sí, tal vez eso pueda ayudarlo.

El hombre entra a escena con un vaso en la mano. Se acerca al grupo de mujeres y le entrega el vaso a la recepcionista.

Hombre- Un Bullshott, con pura agua...

Recepcionista- Gracias, Alfonso...

El hombre mira a la recepcionista.

Hombre- Es increíble que no te haya reconocido; me diste la clave y se me pasó por alto...

Recepcionista- ¿A qué clave te refieres?

Hombre- A las ronchas, a las ronchas en las corvas; acabo de acordarme que cuando comías

huevos te salían ronchas en las corvas... ¿cómo se me pudo haber olvidado?

Recepcionista- Bueno, hay cosas que se olvidan, sobre todo cuando estás enojado con alguien.

Hombre- Sí, eso es muy cierto.

Guadalupe interviene.

Guadalupe- Ven, chavo, siéntate con nosotras, tengo algo que decirte...

Hombre- Sí, mamá.

El hombre se sienta con el grupo de mujeres. Guadalupe lo mira.

Guadalupe- ¿Te das cuenta de que has perdido a todas estas mujeres a causa de tu indecisión?

Hombre- Sí, en el caso de Sandra y de Martha, está claro; pero en el caso de Carmen, decidí

terminar con ella e irme lejos, aunque después me arrepentí de haber tomado tal decisión...

Guadalupe- No, seamos honestos, a mí no puedes engañarme; te fuiste a Europa con la esperanza

de volver a verla, de darle una lección y regresar, algún día, con ella...¿no es así?

Hombre- Sí, en cierta forma...

Guadalupe- Y entonces pasó, lo que pasó...

Hombre- Sí, es cierto.

Guadalupe- Digamos que no decidiste terminar en serio, pero tampoco decidiste estar con ella.

Hombre- Sí, tienes toda la razón.

Guadalupe- Y en el caso de Lucía, tu prima, nunca te decidiste a confesarle tu amor, pero tampoco

te decidiste a olvidarla, o más bien, nunca te decidiste a aceptar el hecho de no estar con ella y terminar con la historia de tu enamoramiento adolescente...

Hombre- Sí, de alguna manera...

Guadalupe- ¿Lo ves? La indecisión te hizo perder a las mujeres a las que has amado; en el fondo,

nunca te pudiste decidir por ninguna...

Hombre- Cuando hice la obra que le dediqué a Carmen, decidí estar con ella para siempre...

Guadalupe- Sí, eso es muy cierto, pero fue hasta después de que pasó lo que pasó...

Hombre- Sí, tienes razón...

Guadalupe- A todas las tienes en el alma, pero no tienes a ninguna de ellas, en la realidad; nunca te decidiste por ninguna y por eso te quedaste solo.

La recepcionista interviene.

Recepcionista- ¿Conoces la historia del hombre de la duna?

Hombre- No, no la conozco.

Recepcionista- Es una historia muy popular, aquí, en África. Se trata de un hombre que era muy indeciso y que, un día, salió a pasear en su jeep, con su gallina, la cual era su amiga inseparable. El hombre iba en su jeep por el desierto, cuando de pronto, se encontró una duna frente a él, una duna demasiado alta. El hombre tenía que dar la vuelta hacia la derecha o hacia la izquierda y, como era muy indeciso, detuvo su coche enfrente de la duna y trató de decidir, antes de hacerlo, hacia dónde tendría que ir, pero como era muy indeciso, el hombre no pudo decidirse. Pasaron los días y los días y el hombre comenzó a deshidratarse. Su gallina, preocupada, decidió pedir ayuda y recorrió algunos kilómetros sin encontrar a nadie. Como era una gallina muy fiel, decidió regresar con su dueño, pero cuando regresó, el hombre estaba muerto. La gallina, triste y abatida, se acostó al lado de él y murió también, junto a su dueño. Tiempo después encontraron ambos esqueletos, dentro del jeep, cubiertos por la arena. Es una historia verídica; insólita, pero verídica.

Lucía- ¿Quieres terminar así, primo, como el hombre de la duna?

Hombre- No, creo que no...

Sandra- En cierta forma, ya terminó así, de manera metafórica claro está, pero la indecisión ya lo

llevó a estar muerto, muerto en vida, como el conde Batso, el vampiro de sus cuentos infantiles...

Hombre- Pero es que, tomar el camino de la derecha, implica no tomar el camino de la izquierda y viceversa; es decir, decidirse por algo, implica renunciar a algo más...

Lucía- Sí, eso es muy cierto, pero, justamente, así es la vida.

Hombre- ¿Y qué pasa si no se quiere renunciar a nada?

Recepcionista- Te quedas como el hombre de la duna.

Hombre- ¿Ahora pueden comprender mi crisis vocacional?

Lucía- ¿A qué te refieres?

Hombre- Al hecho de que, si decido dedicarme a la literatura, tendría que renunciar al teatro y si decido dedicarme al teatro, tendría que renunciar a la literatura...

Sandra- Pero no es lo mismo, el arte y las mujeres son dos cosas muy distintas; en cuanto a las mujeres, te tienes que decidir por una o por la otra, pero en el arte, puedes dedicarte a las dos cosas, sin ningún problema...

Hombre- Te equivocas, las dos cosas son exactamente iguales; cuando te decides por una mujer renuncias a las otras y cuando te decides por una de las artes, también, renuncias a las otras...

Carmen- Pero entonces, no existe solución alguna; si decides algo está mal y si no lo haces, también...

Hombre- Sí, eso es lo que yo pienso.

Lucía- Tal vez exista una solución intermedia: optar por algo y conservar lo otro.

Hombre- ¿Y cómo es eso?

Lucía- Si aplicamos la historia del hombre de la duna a tu vida profesional, podríamos decir que ambos caminos ya los recorriste, tanto el de la derecha como el de la izquierda; de niño

escribías cuentos y de adulto, teatro. Es decir que ya le diste dos vueltas a la duna, la primera. por el lado de la derecha y la segunda, por el lado de la izquierda. Digamos que ya conociste los dos caminos y ambos te gustaron, pero ahora vuelves a estar en el punto de partida y quieres decidirte por alguno de los dos. Tal vez, si te decides por uno y conservas el otro, puedas sentirte más tranquilo.

Hombre- Sí, eso puede ser, aunque también implica tomar una decisión.

Sandra- Tal vez no puedes decidirte porque no sabes lo que quieres.

Hombre- Quiero las dos cosas.

Sandra- Sí, pero tal vez haya una de las dos a la que quieres un poquito más.

Hombre- No sabría qué responderte...

Sandra- Tal vez, en el fondo de ti mismo, en algún lugar de tu inconsciente, existe esa respuesta.

Hombre- Puede ser, pero ¿cómo saberlo?

Sandra- ¿Me dejarías hipnotizarte?

Hombre- ¿Sabes hipnotizar?

Sandra- Sí, estuve estudiando durante años, como hipnotizadora de serpientes. y me imagino que si puedo hipnotizarlas a ellas, que son tan testarudas, también podría hipnotizarte a ti...

Hombre- ¿Y por qué nunca me contaste de tu carrera como hipnotista?

Sandra- Era una pasión secreta y me daba pena divulgarla... ¿Cómo ves? ¿Te animas?

Hombre- Bueno pues, está bien.

Sandra se levanta de su asiento.

Sandra- Ven conmigo.

Sandra toma de la mano al hombre, quien se levanta de su asiento. Sandra y el hombre van al lado derecho del escenario. El hombre permanece estático, mientras Sandra toma una silla y la coloca justo en el centro del área derecha del escenario.

Sandra- Siéntate aquí.

El hombre se sienta en la silla. Sandra voltea a ver a la recepcionista.

Sandra- Necesitamos un vaso de agua.

Recepcionista- Aquí tengo uno, pero ya le tomé.

Sandra- Así está bien, un vaso de agua tocado por labios femeninos puede ser mejor que un vaso de agua común y corriente.

Recepcionista- ¿Y por qué?

Sandra- No lo sé, pero me lo dicta mi intuición.

La recepcionista se acerca a Sandra y le da el vaso de agua.

Recepcionista- Aquí lo tiene.

Sandra recibe el vaso de agua.

Sandra- Gracias.

Sandra coloca el vaso de agua sobre el piso, frente al lugar en donde está sentado el hombre.

Permanece un momento, estática, mirando el vaso de agua. Después, va hacia el lugar en donde dejó sus maletas, toma la pequeña y la coloca sobre la mesa de centro de la sala. Abre la maleta y vemos que está llena de pequeños frascos con etiquetas pegadas. Toma uno de ellos, lee la etiqueta y lo deja a un lado de la maleta. Toma otro frasco, lee la etiqueta y lo abre con cuidado.

Comienza a escucharse música clásica. Deja el frasco en la mesa de centro y la música continúa escuchándose. Sandra va hacia el área donde está el hombre y se hinca frente al vaso de agua.

Hace unos pases mágicos con la mano y se levanta. Se coloca atrás del hombre y pone su mano derecha sobre la cabeza de él.

Sandra- Cierra los ojos.

El hombre cierra los ojos.

Sandra- Tienes sueño, tienes mucho sueño... los párpados te pesan y no puedes levantarlos... tu

cuerpo comienza a relajarse... dejas de manipular tu mente y no retienes nada ni rechazas nada de lo que aparezca en ella... tu mente se mueve por sí misma y viaja a dondequiera, tu mente viaja en completa libertad...

Hombre- Todos los buenos escritores...

Sandra- ¿Sí?

Hombre- Todos los buenos escritores se dedican a la cacería de leones...

Sandra- No, Armando, eso no es cierto, puede haber algunos, pero no todos...

Hombre- Sí, tienes razón, puede haber algunos, pero no todos...

Sandra- Tu mente sigue divagando y tú ya no puedes controlarla... tu mente viaja a través de ti... tu mente viaja, en un viaje placentero...

Hombre- Sí, mi mente viaja, en un viaje placentero...

Sandra- A la cuenta de tres y al chasquido de mis dedos caerás en un profundo sueño y en un estado completo de relajación...

Sandra coloca sus dedos listos para el chasquido.

Sandra- Una, dos, tres...

Sandra chasquea los dedos.

Sandra- Ahora estás en un estado profundo de hipnosis y te concentras en el lóbulo frontal de tu cerebro. Vamos a revisar esta primera capa y vamos a ver qué es lo que encontramos. Dime, Armando, ¿qué es lo que estás viendo?

Hombre- Estoy viendo un punto verde...

Sandra- ¿Y qué es lo que hay, en ese punto verde?

Entran en escena dos jovencitas vestidas de colegialas.

Sally- Buenas noches.

Sandra y el grupo de mujeres voltean a verlas.

Sandra- ¿Sí? ¿Qué se les ofrece?

Lisa- Venimos al cumpleaños del señor Aquiles...

Sandra- ¿Del señor Armando?

Sally- Sí, del señor Artemio...

Sandra- Y ustedes, ¿quiénes son?

Lisa- Yo soy Lisa...

Sally- Y yo soy Sally...

Sandra- ¿Novias, también, del señor Armando?

Lisa- Sí, en cierta forma...

Sandra- ¿Y cómo es eso?

Sally- Somos fantasías...

Sandra- ¿Del señor Armando?

Lisa- Sí, del señor Aquiles...

Sandra- Un momento, por favor...

Sandra va hacia el frasco y lo tapa. La música deja de escucharse.

Sandra- Entonces...¿son fantasías?

Sally- Sí, eso es lo que somos...

Lucía- ¿Cómo el público imaginario del señor Antonio?

Lisa- Sí, más o menos, pero nosotras cumplimos funciones diferentes...

Recepcionista- ¿Son fantasías... eróticas?

Lisa- Sí, eróticas, pero también románticas...

Sandra- ¿Y cómo es que llegaron hasta aquí?

Lisa- Ya se lo dije, venimos para su cumpleaños....

Carmen- ¿Y de dónde vienen?

Sally- De la secundaria...

Carmen- Una secundaria imaginaria, me supongo...

Sally- Sí, por supuesto...

Guadalupe- Pero entonces, ¿son menores de edad?

Sally- Sí, claro, pero eso no tiene la menor importancia, el señor Artemio es un hombre muy respetuoso de las leyes, por eso somos... fantasías...

Guadalupe- Ya entiendo.

Lisa- Oiga, ¿y qué le pasa al señor Aquiles?

Sandra- Está hipnotizado.

Lisa- ¿Hipnotizado? ¡Qué interesante...!

Sandra- Justamente, estamos en medio de una sesión muy importante...

Lisa- ¿Nos podemos quedar a ver?

Sandra- Sí, claro, pero no vuelvan a interrumpirnos.

Lisa- Le aseguro que no...

Sally- Estaremos quietecitas y en silencio...

Sandra- Muy bien, siéntense por allá, arriba del mostrador.

Lisa- Está bien...

Sally y Lisa van hacia el mostrador y se sientan sobre de él.

Sandra- Bueno, vamos a continuar con lo que estábamos...

Sandra destapa el frasco y la música comienza a escucharse nuevamente. Después, va hacia el lugar en donde está el hombre, se coloca detrás de él y le pone la mano derecha sobre su cabeza.

Sandra- Muy bien, Armando, estás en un profundo estado de hipnosis y te concentras en el lóbulo frontal de tu cerebro. Vamos a revisar esta primera capa y vamos a ver qué es lo que encontramos. Dime, Armando, ¿qué es lo que estás viendo?

Hombre- Un punto verde, estoy viendo un punto verde...

Sandra- ¿Y qué hay en ese punto verde?

Hombre- Están Lisa y Sally, asoleándose, en la playa...

Sandra- ¿Y qué más?

Hombre- Veo el mar, azul y verde. Estoy parado sobre la arena y un cangrejo camina, lentamente, encima de mi pie derecho. Lisa y Sally ya no están. El cangrejo muerde mi dedo gordo y yo volteo a mirarlo. No es un cangrejo, es una jeringa y yo estoy, ahora, acostado en una cama, en la casa de Chilpancingo. No puedo respirar y una enfermera me pone alcohol en todo el cuerpo. Me aferro a la almohada y trato de meter aire a mis pulmones...

Guadalupe- Debe ser un ataque de asma, de niño le daban sus ataques de asma...

Sandra- Continúa, Armando, continúa...

Hombre- Hay una ventana y detrás de ella, un cielo gris, pero no, no es la ventana de la habitación, es la ventana de un autobús. Estoy en un autobús sin frenos, el autobús se estrella contra un muro y yo pierdo la conciencia. Voy cayendo en un abismo, en un abismo de color negro...

Sandra- Muy bien, Armando, ahora estamos en una segunda capa de tu cerebro. Concéntrate en el lóbulo parietal y dime, ¿qué es lo que estás viendo?

Hombre- Hay un punto azul, todo es negro, pero hay un punto azul...

Sandra- ¿Y qué es lo que hay en ese punto azul?

Hombre- Estoy en la casa del callejón Borda, mi padre no está y mi madre está en el hospital, van a operarla y no la he visto desde hace varios días. Mis hermanos tampoco están en la casa. Estoy solo, me acuesto sobre el piso y tengo miedo.

Guadalupe- Eso es cuando me iban a operar, del tumor en la cabeza; él estaba muy chiquito y se angustiaba mucho por mí.

Hombre- Estoy en un consultorio y miro una piedra volcánica, una piedra del Parícutín. Está dentro de una vitrina antigua, como si fuera un trofeo.

Lucía- Es el consultorio de mi tío Roberto, el lugar donde nos conocimos.

Hombre- Estoy en un cine de pueblo, viendo una película de gánsters, en blanco y negro. Tengo un caramelo en la mano y me lo llevo a la boca. Es un caramelo de limón. La película termina y abren la puerta lateral del cine. La luz del sol entra en la sala y me encandila...

Recepcionista- Esa fue la primera película que vio, con su papá...

Guadalupe- ¿De verdad?

Recepcionista- Sí, de verdad, a mí me lo contó...

Hombre- Estoy en un jardín y aspiro el perfume de un huelle de noche. El cielo está lleno de estrellas y escucho el canto de los grillos.

Carmen- Esa era nuestra casa, en Cuernavaca.

Hombre- Estoy en un hotel, en el centro de Madrid y acabo de recibir la noticia de lo que pasó con Carmen. Estoy acostado en la cama y el dolor es insoportable. Cierro los ojos y me hundo, me hundo en un abismo, en un abismo de color negro...

Sandra- Muy bien, Armando. Ahora estamos en la tercera capa de tu cerebro. Concéntrate en el lóbulo occipital y dime, ¿qué es lo que estás viendo?

Hombre- Estoy viendo una arteria, una arteria que recorre mi cabeza, una arteria de color negro...

Lisa- Ésa es la vena que nos daba miedo, ¿te acuerdas?

Sally- Sí, claro que me acuerdo...

Sandra- Este es el lugar al que teníamos que llegar, Armando. Voy a quitar la música y vamos a comenzar a trabajar...

Sandra va hacia el frasco, lo tapa y la música deja de escucharse. Después, regresa al área donde está el hombre.

Sandra- Dime, Armando, ¿qué es lo que hay en esa arteria?

Hombre- Hay presión, hay mucha presión...

Sally- Dígale la verdad, señor Artemio...

Lisa- Sí, dígale la verdad...

Sandra- ¿Qué es lo que hay, Armando? ¿Qué es lo que hay en esa arteria?

Hombre- Sangre muerta, hay sangre muerta...

Sally- Es la sangre muerta de las cosas detenidas...

Lisa- Es la sangre muerta de su indecisión...

Sally- Porque no pudo decidirse, entre lo viejo y lo nuevo...

Lisa- Entre lo uno y lo otro...

Sally- Y su sangre dejó de circular...

Lisa- Y su sangre comenzó a morirse...

Sally- Porque antes, el señor Artemio jugaba con nosotras, pero desde que se le murió la sangre,  
se le murió, también, el corazón...

Lisa- Y su vida cayó en el desencanto...

Sally- Y fue entonces cuando comenzó el círculo perverso: está desencantado, porque no puede  
decidirse y no puede decidirse, porque está desencantado...

.Lisa- Y, fue entonces, cuando todo se detuvo...

Sally- Y comenzaron a repetirse las palabras...

Lisa- Y, también, a repetirse los números...

Sally- Y, fue entonces, cuando se aflojaron los tornillos...

Lisa- Y su cabeza comenzó a apestar...

Sally- Por la sangre muerta...

Lisa- Sí, por la sangre muerta y estancada...

Sally- Una noche, hace siete años, estábamos en el cementerio y, de pronto, el señor Artemio se acordó...

Lisa- ...de que cuando era niño, escribía cuentos...

Sally- Y pensó que ésa, era su verdadera vocación...

Lisa- ...y que la había perdido, por azares del destino...

Sally- ...y pensó, en recuperarla...

Lisa- ...pero también le interesaba el teatro...

Sally- Y entonces cayó en la indecisión...

Lisa- ...de ser...

Sally- ...el adulto que escribe teatro...

Lisa- ...o aquel niño que escribía cuentos...

Sally- Y como no pudo decidirse...

Lisa- ...su sangre se detuvo...

Sally- ...y su sangre comenzó a apestar...

Hombre- Tengo miedo de morirme...

Sandra- ¿Y por qué vas a morirte?

Hombre- Estoy aferrado a esa arteria negra y sé que si me suelto, voy a morirme...

Sandra- ¿Y cómo? ¿Cómo vas a morirte?

Hombre- Se van a soltar los coágulos de sangre muerta y me van a provocar una trombosis o un ataque al corazón...

Sandra- Y si sigues aferrado, ¿todo va a estar bien?

Hombre- No, también puedo morirme...

Sandra- ¿Y por qué?

Hombre- Porque, al estar aferrado, impido que la sangre fluya y la presión que provoca la sangre

estancada es cada vez mayor. Minuto a minuto, la arteria se hincha y siento que, en cualquier momento, puede reventarse...

Sally- Se agarró de la vena, desde que tuvo miedo...

Lisa- Sí, desde el día en que se cayó de la bañera y se pegó en la cabeza...

Sally- Desde entonces tuvo miedo de caerse...

Lisa- Y se agarra de la vena, porque es su único sostén...

Hombre- Tengo miedo de que la arteria se reviente...

Sandra- Pero entonces, Armando, ¿qué es lo que vas a hacer?

Hombre- No lo sé, las cosas han llegado a un punto en que, cualquiera de las dos opciones, pueden ser fatales; si continúo aferrado, la vena puede reventarse, y si me suelto, los coágulos de sangre muerta, pueden acabar conmigo...

Sandra- ¿Y cuánto tiempo más vas seguir así?

Hombre- No lo sé, la presión es cada vez mayor, y ya no puedo soportarla...

Carmen se levanta de su asiento y se acerca al lugar en donde está el hombre.

Carmen- Suéltate, Arturo, suéltate para que la sangre fluya...

Hombre- ¿Y si me muero?

Carmen- Pues ya ni modo, Arturo, ya ni modo...

Hombre- Tengo miedo de morirme...

Carmen- ¿Y por qué tienes miedo de morirte?

Hombre- Tengo miedo de perder mis recuerdos, de perder lo que he vivido...

Carmen- Los recuerdos no se pierden, tampoco lo que se ha vivido...

Hombre- Tengo miedo de perderte y de perder a las demás...

Carmen- No vas a perdernos, Arturo, porque ya vivimos en tu corazón...

Hombre- Estoy cansado, mi conflicto no tiene solución, y estoy cansado...

Carmen- Suéltate, Arturo, después de todo, la muerte no es tan mala, es sólo un descanso, un descanso merecido, para comenzar con otra cosa...

Hombre- Tengo miedo de morirme...

Carmen- No tengas miedo, estás aquí, conmigo, y también con tu mamá, y con todas las mujeres a las que has amado...

Hombre- ¿Estarán conmigo, para siempre?

Carmen- Sí, Arturo, para siempre...

Lisa- Mira, Sally, esa vena ya va a reventarse...

Sally- Sí, Lisa, está cada vez más hinchada y más hinchada...

Carmen- Suéltate, Arturo, antes de que la vena se reviente...

Hombre- No soporto la presión...

Carmen- Suéltate, Arturo, suéltate...

Hombre- Estoy viendo una mujer hermosa, sentada entre el público, vestida de blanco...

Carmen- ¿Y le tienes miedo?

Hombre- No, porque es una mujer amable, amable y hermosa... ¿es ella, verdad?

Carmen- Sí, Arturo, es ella...

Hombre- Está bien, Carmen, voy a soltarme...

Carmen- Sí, Arturo, suéltate...

Hombre- Allá voy...

El hombre respira profundo y exhala lentamente, ocupando una nueva postura corporal.

Sally- Mira, Lisa, allí viene un coagulo de sangre muerta y viene directo al corazón...

El hombre se contrae y queda estático.

Lisa- Ya se le tapó la aorta y ya dejó de latir su corazón...

El hombre relaja su cuerpo sobre la silla y queda estático. Sandra se acerca al hombre y lo mira.

Después, mira a Carmen.

Sandra- ¿Está muerto?

Carmen- Sí, tal parece que ya está muerto...

Guadalupe se levanta de su asiento y se dirige hacia el mostrador. Toma el jarrón con el ramo de orquídeas y se acerca al lugar en donde está el hombre.

Guadalupe- Pobrecito de mi hijo, nunca pudo decidirse y se lo llevó la muerte. En fin, estas flores se las traje para su cumpleaños, pero bien pueden servir para su funeral...

Guadalupe coloca el jarrón de orquídeas a un lado del vaso de agua. Después, se levanta y mira al hombre. Lisa y Sally se acercan a ellos.

Lisa- Pobrecito del señor Aquiles, tan simpático que era...

Sally- Y tan ocurrente... ¿te acuerdas, Lisa, de las cosas que se le ocurrían?

Lisa- Sí, claro que me acuerdo...

La recepcionista se acerca a ellos.

Recepcionista- Descansa en paz, Alfonso, descansa en paz...

Entra una mujer al escenario.

Brenda- Buenas tardes...

Las mujeres voltean a verla.

Guadalupe- ¿Brenda?

Brenda- ¿Doña Lupe?

Guadalupe- ¿Qué haces aquí?

Brenda- Vine por Aurelio, para llevármelo con los niños...

Guadalupe- Demasiado tarde, Brenda, demasiado tarde...

Brenda- ¿Por qué?

Guadalupe- Augusto, el chavo, acaba de morir...

Brenda- ¿En serio?

Guadalupe- Sí, en serio...

Brenda- Es una pena...

Guadalupe- Sí, es una pena.

Brenda- ¿Y hace mucho que murió?

Guadalupe- Hace apenas unos minutos...

Brenda- Aurelio siempre me criticaba por llegar tarde a todos lados, y tenía razón, reconozco que soy muy impuntual; si me hubiera apurado, igual y lo encontraba vivo...

Guadalupe- ¿Y cómo están mis nietos?

Brenda- Bien, muy bien, los dejé con Patricia.

Guadalupe- Me los saludas, cuando los veas...

Brenda- Sí, claro que sí...

Lucía interviene.

Lucía- Braulio y Benito, ¿verdad?

Brenda- Sí, así se llaman.

Lucía- Hola, yo soy Lucía, el primer amor de Antonio...

Brenda- ¿De Aurelio?

Lucía- Sí, de Antonio...

Brenda- Hola, mucho gusto.

Brenda y Lucía se saludan.

Guadalupe- A las demás, ya las conoces, ¿no es cierto?

Brenda- Sí, creo que sí...

Guadalupe- Ella es Sandra, Ella es Carmen y ella es Martha, pero está disfrazada de recepcionista.

Brenda- Hola.

Sandra, Carmen y Martha la saludan. Brenda mira a las niñas.

Brenda- Y estas niñas, ¿quiénes son?

Guadalupe- Son fantasías, de la cabeza de Augusto...

Brenda- ¿Como su público imaginario?

Guadalupe- Sí, exactamente, pero ellas cumplen funciones diferentes...

Brenda- Sí, claro, ahora lo entiendo todo; el bueno de Aurelio, que en paz descansa, tenía la extraña costumbre de aminorar el paso cuando una secundaria se atravesaba en nuestro camino; ahora entiendo el porqué de tan extraña costumbre...

Lucía interviene.

Lucía- Se movió, vi como que se movió...

Recepcionista- ¿Quién? ¿Alfonso?

Lucía- Sí, Antonio.

Carmen- ¿Estás segura?

Lucía- Completamente.

Sandra- ¿No será una convulsión post mortem?

Recepcionista- ¿O algún acto reflejo, que se le quedó atorado?

Suena el teléfono que está en el mostrador. Las mujeres voltean a verlo. Sally toma el auricular y contesta la llamada.

Sally- ¿Bueno?...

Lisa- ¿Quién es?

Sally- No lo sé, sólo se escuchan ruidos, ruidos extraños...

Lisa- A ver, déjame escuchar...

Lisa se acerca al auricular y lo comparte con Sally.

Lisa- Es el aullido de un lobo...

Sally- Sí, es cierto...

Lisa- Y el latido de un débil corazón...

Sally- Y el fluir de la sangre por las venas y por las arterias...

Lisa- Y, entonces, ¿el coágulo de sangre muerta?

El cuerpo del hombre tiene una ligera contracción y Lucía se percata de ello.

Lucía- Está vivo, estoy segura de que está vivo...

Brenda- Déjenme hacerle una prueba, una prueba que nunca falla...

Brenda saca un pequeño espejo, se acerca al hombre y lo coloca debajo de su nariz. Brenda observa cómo el espejo se empaña.

Brenda- Respira, débilmente, pero respira...

Carmen- Arturo, ¿estás ahí?

Hombre- Sí, Carmen, aquí estoy...

Carmen- ¿Vivo?

Hombre- Sí, todavía...

Carmen- ¿Y cómo te encuentras?

Hombre- Bien, muy bien. Estoy en el fondo del abismo, pero me invade una agradable sensación de plenitud....

Carmen- ¿Y por qué?

Hombre- Porque ahora puedo aceptarme por completo. Yo soy mi propia indecisión. Yo soy mi duda y también mi confusión. Soy todo lo que no me gusta ser y también soy lo contrario. Soy mi propia indecisión y también mi decisión. Soy dudas y certezas, confusión y claridad. Soy el hombre dividido, soy el niño y el adulto, el que escribe cuentos y el que escribe teatro, el que ama a una y el que ama a otra. Puedo ver mi

indecisión y puedo amarla, porque ahora sé que ella me permite ser el uno y ser el otro y mirarme en el espejo de lo opuesto. Mi indecisión, es mi propia sanidad, porque si sólo fuera un hombre decidido. sería sólo la mitad de lo que soy en realidad.

Carmen- Y entonces, ¿qué es lo que vas a hacer?

Hombre- Aceptar mi indecisión y, a partir de ella, tratar de decidir lo que se pueda decidir...

Carmen- ¿Y en cuanto a la escritura?

Hombre- Seguir escribiendo dramas y volver a escribir cuentos...

Carmen- ¿Y aquella novela que querías escribir, acerca de nuestra relación?

Hombre- Sí, también me gustaría escribirla, o por lo menos intentarlo. Quiero comenzar de cero, escribir por escribir y ver lo que el destino me depara. Soy una cosa y soy la otra y sólo el destino podrá mostrarme lo que pueda ser de mí...

Carmen- Tu enfermedad será, entonces, tu propia curación...

Hombre- Sí, Carmen, todo indica que así será...

Carmen mira a Sandra.

Carmen- Bueno, pues habrá que despertarlo...

Sandra- Sí, tiene razón...

Sandra se acerca al hombre.

Sandra- A la cuenta de tres y al chasquido de mis dedos, te vas a despertar. Recordarás todo lo que ha ocurrido y te sentirás como te sientes ahora, como un hombre que se ha aceptado tal y como es y que se ha dejado de pelear consigo mismo... ¿entendiste?

Hombre- Sí, Sandra, entendí...

Sandra prepara sus dedos para el chasquido.

Sandra- Una, dos, tres...

Sandra chasquea los dedos y el hombre se despierta. Guadalupe mira al hombre.

Guadalupe- Hola, chavo, ¿cómo te sientes?

Hombre- Bien, mamá, muy bien...

Guadalupe- ¿Quién crees que llegó?

Hombre- ¿Quién?

Guadalupe- Brenda...

Brenda se acerca al hombre.

Hombre- Hola, Brenda...

Brenda- ¿Qué tal, Aurelio? ¿Todo bien?

Hombre- Sí, mejor de lo que yo esperaba...

Brenda- Me alegro por ti...

Hombre- ¿Y los niños?

Brenda- Están con Patricia, pero preguntan mucho por ti; desde que desapareciste, preguntan mucho por ti...

Hombre- Sí, yo también los extraño y ya quiero verlos, cuanto antes...

Brenda- Vine por ti, para llevarte de regreso...

Hombre- Te lo agradezco...

Brenda- No me lo agradezcas, sólo cumplo con mi deber...

Hombre- Mira, Brenda, te voy a presentar a Lucía, mi prima...

Brenda- No te molestes, ya las conozco a todas; comenzando por tu mamá, a quien conocí en vida, y terminando con tus fantasías...

El hombre voltea a mirar a Lisa y a Sally.

Hombre- ¿Lisa? ¿Sally?

Lisa- Hola, señor Aquiles...

Sally- Hola, señor Artemio...

Hombre- ¿Qué hacen aquí?

Sally- Vinimos para su cumpleaños...

Hombre- Pero, hoy no es mi cumpleaños...

Lisa- Era el cumpleaños de su crisis, cumplía siete años, exactamente, el día de hoy...

Hombre- Ya entiendo...

El hombre mira a Brenda.

Hombre- Pues sí, ellas son Lisa y Sally, dos fantasías que rondaban por mi mente y que, de pronto... bueno, tú me entiendes...

Brenda- Sí, Aurelio, claro que te entiendo...

Hombre- ¿Quieres algo de tomar?

Brenda- No, gracias, prefiero irme a descansar, el viaje estuvo muy pesado y mañana tenemos que salir temprano...

Hombre- Por lo menos un trago, para que brindemos, todos juntos...

Brenda- Bueno, está bien, prepárame un bullshot...

Hombre- ¿Y cómo lo quieres?

Brenda- Pues con vodka y jugo de carne...

Hombre- Sí, claro...

El hombre mira a Lisa y a Sally.

Hombre- Y ustedes, niñas, ¿quieren tomar algo?

Sally- ¿Tendrán agua de horchata?

Hombre- Sí, creo que sí...

Lisa- Entonces, que sean dos vasos, por favor...

Hombre- ¿Y a ti, mamá, te traigo otro bullshot?

Guadalupe- Bueno, pero que sea el último, Carmelita y yo tenemos que irnos...

El hombre mira a las mujeres restantes.

Hombre- ¿Ustedes también se toman el último?

Lucía- Sí, está bien.

Hombre- Con su permiso...

El hombre sale de escena.

Sandra- Bueno, pues parece que Armando comenzará a aceptarse...

Carmen- Y, tal vez, comience una nueva vida, después de esta segunda muerte...

Lucía- Sí, es muy probable...

Recepcionista- Pero entonces, ¿el coágulo de sangre muerta?

Sally- Parece que se disolvió, al llegar al corazón...

Lisa- Y provocó, sólo un pequeño infarto...

Recepcionista- Le hizo bien probar la muerte y regresar con vida...

Lucía- Sí, parece que le hizo bien...

Brenda- Se ve mucho mejor, como que menos tenso...

Sandra- Y un poquito más joven...

Carmen- Y con más color, como si la sangre le hubiera vuelto a las mejillas...

Guadalupe- Tal vez maduró, finalmente, aunque sea un poquito...

Recepcionista- Me gusta verlo así; siento una agradable sensación, como cuando las gotas de rocío caen sobre la frente, en un amanecer de primavera...

Lucía- Valió la pena venir a verlo...

Carmen- Y ayudarlo a resolver su crisis...

Sandra- Y celebrar su cumpleaños, o lo que haya sido...

Brenda- Por lo menos, decidió regresar con sus hijos...

Guadalupe- Y eso, es una buena decisión...

Lucía- Sí, una excelente decisión...

Entra un hombre al escenario.

Huésped- Buenas noches...

Recepcionista- Buenas tardes...

Huésped- Perdonen que las interrumpa, pero tengo que hablar con ustedes...

Recepcionista- Sí, ¿de qué se trata?

Huésped- Tengo una mascota en mi habitación, es una gallina tailandesa, y no puede dormir, por el ruido de sus voces. Ella se levanta muy temprano y cuando se desvela, se la pasa de mal humor, durante todo el día. En este hotel, las paredes parecen de papel y se oye todo lo que están hablando. De manera que, les pido, por favor, si pueden guardar silencio, o, por lo menos, moderar el volumen de su conversación...

Recepcionista- No se preocupe usted, las visitas están a punto de retirarse...

Huésped- Se los agradezco infinitamente...

Recepcionista- Al contrario, disculpe usted...

Huésped- Con su permiso...

El hombre sale de escena.

Lucía- ¿Era... el hombre de la duna?

Recepcionista- No lo creo, tanto el hombre de la duna como su gallina ya están muertos...

Carmen- Y eso, ¿qué tiene que ver?

Recepcionista- Sí, es cierto, todo es posible en esta vida...

Carmen- Y en la otra...

El hombre regresa con una charola con bebidas y comienza a repartirlas.

Hombre- Para mi mamá, para Carmen, para Brenda, para Martha, para Sandra, para Lucía, para Sally y para Lisa...

El hombre toma el vaso que le corresponde y lo levanta.

Hombre- Por ustedes, por el gusto de tenerlas aquí, conmigo.

Guadalupe- Salud.

Todos brindan.

Brenda- Bueno, Aurelio, yo me voy a descansar.

Hombre- Está bien...

Brenda- Hasta mañana...

Hombre- ¿Vas a quedarte en mi habitación?

Brenda- No, gracias, eso es imposible; acuérdate de que estamos separados...

Hombre- Pero, entonces...

Brenda- Reservé una habitación, en este mismo hotel, desde la semana pasada...

Hombre- Está bien...

Brenda- No te desvelas, mañana salimos muy temprano...

Hombre- Brenda, todavía te amo, como cuando te conocí, como al principio...

Brenda- Yo también, de alguna forma, te sigo amando; pero eso no tiene importancia, estamos separados y lo nuestro se acabó...

Hombre- Está bien, como tú quieras...

Brenda- Nos vemos mañana, para desayunar juntos, antes de irnos...

Hombre- Está bien, nos vemos mañana...

Brenda mira a Guadalupe.

Brenda- Hasta luego, doña Lupe, me dio mucho gusto volver a verla...

Guadalupe- A mí también, Brenda; cuídame a mis nietos, a mi esposo y a mis hijos, cuídamelos desde aquí abajo, que yo los cuido desde arriba...

Brenda- Claro que sí, doña Lupe...

Brenda mira a Carmen.

Brenda- Hasta luego, Carmen, y mucho gusto en conocerte...

Carmen- Igualmente, Brenda...

Brenda mira a las demás mujeres.

Brenda- Buenas noches, a todas.

Las mujeres se despiden de ella.

Brenda- Hasta mañana, Aurelio.

Hombre- Hasta mañana...

Brenda va a salir de escena y la recepcionista se acerca a ella.

Recepcionista- Aquí tiene su llave.

Brenda- Gracias...

Brenda sale. Carmen mira al hombre.

Carmen- Bueno, flaquito, nosotras nos tenemos que ir...

Guadalupe- Sí, es cierto, Carmelita...

Carmen se acerca al hombre y le pone su mano en la mejilla.

Carmen- Me dio gusto volver a estar contigo...

Hombre- A mí también, Carmen...

Carmen abraza al hombre y le da un beso.

Carmen- Nos seguiremos viendo...

Hombre- Sí, Carmen, en cada función de la obra que te dediqué...

Carmen- ¿Vas a seguir representándola?

Hombre- Sí, hasta que mi cuerpo la resista... y cuando ya no pueda, te veré en mis sueños...

Carmen- Sí, te veré en tus sueños...

Guadalupe se acerca al hombre.

Guadalupe- Hasta luego, chavo...

Hombre- Hasta luego, mamá...

Guadalupe abraza al hombre y le da un beso.

Guadalupe- Salúdame a tus hermanos, y a tu papá, y a tus hijitos...

Hombre- Sí, mamá, por supuesto...

Guadalupe y Carmen salen de escena.

Sandra- Bueno, Armando, yo también me voy...

Hombre- Te agradezco mucho, lo que hiciste por mí...

Sandra- Sólo cumplí con mi deber, tú sabes que te quiero mucho y que haría cualquier cosa por ti, lo que fuera...

Hombre- Sí, yo también, Sandra...

Sandra abraza al hombre y le da un beso.

Sandra- Nos seguiremos viendo...

Hombre- Sí, en el próximo viaje a Monterrey...

Sandra toma la maleta mediana y sale de escena. Sally y Lisa miran al hombre.

Sally- Bueno, pues parece que ya se acabó la fiesta...

Hombre- Si quieren, pueden quedarse...

Sally- No, gracias, no podemos, tenemos que hacer nuestra tarea...

Lisa- Sí, de álgebra y de civismo...

Hombre- Bueno, pues hasta luego, entonces...

Sally y Lisa abrazan al hombre y le dan un beso.

Sally- Hasta luego, Señor Artemio...

Lisa- Hasta luego, señor Aquiles...

Hombre- Nos vemos pronto, niñas...

Sally y Lisa salen de escena.

Recepcionista- Bueno, pues ya que estás curado, yo también me voy...

Hombre- Hasta luego, Martha, y gracias por tus cuidados...

La recepcionista abraza al hombre y le da un beso.

Recepcionista- ¿De verdad, me perdonaste?

Hombre- Sí, de verdad.

Recepcionista- ¿Te puedo seguir llamando por teléfono, de vez en cuando?

Hombre- Sí, por supuesto...

Recepcionista- Bueno, pues entonces, hasta luego...

Hombre- Hasta luego...

La recepcionista sale de escena.

Lucía- Bueno, primo, pues yo también me voy...

Hombre- ¿No quieres quedarte, otro rato?

Lucía- No, Antonio, gracias; el viaje fue muy largo y quiero descansar...

Hombre- Está bien...

Lucía va hacia la mesa de centro y toma su bolsa. Saca un fajo de billetes y regresa al lugar en donde está el hombre.

Lucía- Toma, el dinero del boleto...

Hombre- Gracias...

Lucía- Bueno, pues ya me voy...

Lucía lo abraza y le da un beso.

Hombre- Te quiero mucho, Lucía...

Lucía- Y yo también, Antonio...

Hombre- Me saludas a tus hermanos y a tus hijos...

Lucía- Sí, tú también salúdame a todos: a tus hermanos, a tus hijos y a tu papá...

Hombre- Sí, claro que sí...

Lucía- ¿Nos veremos pronto?

Hombre- Sí, puede ser, en el próximo viaje a San Francisco...

Lucía- Bueno, pues hasta luego, Antonio...

Hombre- Hasta luego...

Lucía se dirige hacia la salida.

Hombre- Lucía...

Lucía voltea hacia él y lo mira.

Lucía- ¿Sí?

Hombre- ¿Puedo darte un beso, en la pantorrilla?

Lucía- Pero, somos primos...

Hombre- Es sólo un beso...

Lucía- Bueno, está bien...

El hombre se acerca a Lucía, se hincalado de ella y le da un beso en la pantorrilla. Después se levanta y la mira.

Hombre- Gracias, Lucía, gracias por todo...

Lucía- De nada...

Hombre- Te recordaré por siempre...

Lucía- Yo también, Antonio, yo también...

Lucía sale de escena. El hombre permanece estático por un momento. Después, enciende un cigarro y mira al público.

Hombre- Como pueden ver, la vida suele ser impredecible; impredecible y, por lo tanto, sorpresiva. Yo quise resolver mi crisis y fue la crisis la que me resolvió a mí. Los

mayores cambios en la vida suceden cuando uno decide no cambiar. La auto aceptación es una cura milagrosa y todo depende del color del cristal con que se mire aquello que se está mirando, o cualquier otra cosa, en su defecto. Las cosas pueden ser terribles o pueden dejar de serlo, si uno las acepta y comienza a amarlas. Por ejemplo, Alexander Hoover, un famoso biólogo alemán, descubrió, en mil ochocientos setenta y cinco, que todos los topos eran ciegos; pero dos años después, para su sorpresa, descubrió que el hecho de ser ciegos, a los topos, no les importaba. Los topos aceptaban su ceguera, plenamente, y por eso eran tan felices. Como les dije en un principio, mi vida es lo bastante simple como para evitar incluirla en cualquier relato, sea este un relato teatral, cinematográfico o literario, de manera que me voy, me voy a imaginar otras historias y a tratar de escribirlas. Con su permiso y buenas noches.

El hombre se dirige hacia la salida. De pronto, descubre la pequeña maleta con frascos que olvidó Sandra y se detiene. Se acerca a la mesa de centro, mira uno de los frascos y lo toma. Abre el frasco con cuidado y la música comienza a escucharse. El hombre mira el frasco, sorprendido y, después, comienza a escuchar la música, con agrado. El hombre queda estático por un momento y, después, mira el escenario, lentamente, de un lado hacia el otro. Se dispone a salir por el lado derecho del escenario. Se detiene, se rasca la cabeza y se dirige hacia el lado izquierdo del escenario. Sale de escena, lentamente. El escenario permanece vacío por un momento, mientras la música continúa escuchándose. La iluminación disminuye, lentamente, hasta un oscuro total.

Martín Zapata. 2008.

Derechos reservados.